Diamela Eltit

FALLA HUMANA

PERIFÉRICA

Diamela Eltit

FALLA HUMANA

PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 201

Diamela Eltit

FALLA HUMANA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2024
Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.

© Diamela Eltit, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com
ISBN: 978-84-10171-13-8
La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Agradecimientos en el tiempo de este libro
a Patricia Espinosa
a Javier Guerrero

Porque a pesar de todo
o antes o después de todo
la noche es frecuentemente alucinógena.
EUGENIA BRITO

I

NO SE PUEDE DORMIR

Soy la búha guardiana de la cuadra. La búha que relatará las partículas de la noche. Lo imposible rompió su límite y me enfrentó a una cadencia temporal regida por la incertidumbre. Sé cómo dar vueltas las horas y lo haré, sí. Todo ya fue escrito. Me volcaré en interrumpir y en trastocar las ordenanzas para que el sol y su artificio lumínico adquieran un nuevo protagonismo y se desencadene, en medio de la luz, la ruta sagrada del sueño. Ya sé que los choferes de los camiones de basura se preparan para cumplir la orden de realizar la deportación nocturna de cada uno de los habitantes. Así lo ordenó el Directorio de la Compañía luego de determinar que los vecinos de la última cuadra ocupan un espacio (un tenue milimétrico indetectable fragmento de la tierra del mundo) que, aseguraron, arruina y anula la fortaleza de la totalidad del prestigio geográfico. La Compañía se precipitó a proyectar allí un edificio diseñado para realzar el lujo de sus socios. Dijeron que la falla de esos cuerpos era inadmisible. La Compañía afirma que la cuadra degrada el suelo. Dijeron que les genera un fracaso sectorial estrepitoso. Dijeron que debían sacarlos en mitad de la noche, a esas horas en que la circulación está suspendida. Dijeron que el tiempo ya se había excedido.

Yo tengo la obligación de demorar la entrada de los camiones, detenerlos, capturarlos y cautivarlos. Necesito ponerme en guardia, iniciar un prolijo estudio que me permita internarme en la vorágine de lo inesperado. Es urgente emprender una tarea que atraviese la física para que mi condición búha se extreme hasta producir un intervalo en la noche. Sí, una ruptura. Y, durante ese intervalo, crear, para los choferes, una página nueva que les resulte ineludible y pueble sus mentes hasta olvidarse de ellos mismos y detenerse. Sí, sí, necesito que apaguen los motores para que ingresen (prendidos al intervalo) a mis imágenes y olviden los mandatos recibidos.

Conseguiré que los choferes de los camiones afinen sus oídos, desborden la imaginación hasta enamorarse de la cuadra que produciré para encapsularlos a la noche. Lo conseguiré, lo sé, pues me protege la sabiduría de mi condición milenaria. Será así porque mi especie pájara le habla de manera incesante a la oscuridad de los tiempos, sin pausa alguna, erigida desde la altura, relevando la reconocida y misteriosa magnificencia que portan los árboles.

Ellos se internarán en mis historias con los motores apagados para que después, exhaustos, duerman su día. Debo detenerlos. Sí, una noche, una y otras noches más. Ya la cuadra sobrevivió más de mil noches, pero el deseo ávido se desencadenó y el desalojo de la cuadra se ha transformado ahora en el único objetivo.

Cada noche será una página de vida.

Y otra.

Las noches.

Yo.

Bidimensional.

La búha página.

Se precipitaron multitudes de imágenes superpuestas para incrustarse directamente en mi ojo. Las imágenes se sumaron, pero, a la vez, se condensaron. Después se volvieron imperceptibles. La decapitación de la luz cambió el orden del mundo y se abrió a su paraje más oscuro hasta producir la aureola de un realismo gótico popular.

Sucedió.

Tengo que relatar los cuerpos o intensificar la oscuridad para precaver a la cuadra de la tragedia que se avecina, pero los rostros, las alturas, los caracteres se modifican una y otra vez. Parece urgente transformar la tendencia homicida de la noche y, ante el advenimiento del alba, tengo la obligación de ingresar de un picotazo a las (últimas) veinte casas para evitar que la disolución de la penumbra propicie el desmoronamiento de los cimientos. Me acomodo en la rama más poderosa de un misterioso baobab. Lo hago de manera lenta y cómoda.

Ocupo la rama. Ya estoy totalmente resguardada en el interior del resquicio que me asigné. Me instalo en el árbol de manera arcaica, imperceptible al dolor. Me siento invadida por la ingrávida experiencia de un desplazamiento debido al sorprendente efecto visual de un prisma de colores leves que augura la certeza de extender la vida de la cuadra. Noche a noche. Sí, expandirla para los (últimos) habitantes (todos los vecinos insomnes, afectados por la falta de sal). Tengo que conseguir una página de vida. Una página más y una noche. Sí, una noche y una página, una. La cuadra entera.

Mediante un sortilegio que conseguí realizar gracias a la antigua huella del benéfico efrit ceremonial que me habita, intensifico en mí a la búha protectora que acumula, en el fondo ampliado de sus ojos, pedazos de relatos, huellas de pisadas, vacíos, blancos, grietas, hablas, encuentros, memorias. Es necesario producir una perfecta integración de algunos sucesos (de la vida, de la vida), unirlos, decorarlos, repararlos, sostenerlos, para recubrir con ellos las noches. Necesito poner la temible ambigüedad del tiempo en espera, los mil días que ya transcurrieron, las más de mil noches, suspenderlas y ahuyentar la codicia. Lo decidí así debido a la resolución (motivada por un halo aniquilador) que habían tomado los dueños de la Compañía. La tarea de la deportación de la cuadra la dictaminaron después de la realización de una serie de asociaciones constituidas desde una flagrante ilegalidad.

Entregada a mi devoción por la noche, volé hasta el árbol que se enclava en uno de los perímetros indetectables de la cuadra. Me establecí con mis ocho dedos garras en lo alto del tronco para destacar la belleza de mis plumas, que ofician como orejas. Me dediqué a realzar la auténtica pose búha conseguida a través de la materialización de un sortilegio de mí, en mí misma. Me propuse jugar con los designios que dominan cada una de las vidas a causa de la pereza que provoca la repetición que asola a los siglos.

Ahora tengo la obligación de alterar las condiciones asignadas y desplegar una velocidad supersónica para buscar una tregua y diferir así la noche del oprobio. Para conseguir la tregua, retrocedí tiempos o los actualicé o los mezclé con el fin de

internarme en los laberintos de la inteligencia artificial mediante la captura inalámbrica satelital infiltrada en mi memoria RAM.

Los cuerpos que ocupan las veinte casas se restituyen al integrarse parcialmente en mí y vuelven a habitarse a ellos mismos. Aparecen agudos o hábiles o temerosos. Incisivos. Proclives a la sobrevivencia. La oscuridad interceptada por el reflejo brillante de mis ojos se despliega a su manera para disponer la posibilidad de una suma de noches definitivas. Una a una. Las noches. Trepada en el árbol, recibo la extensa, común, sensible historia de la cuadra. Tengo que actuar sus gestos más repetidos, refugiada siempre en la cautela y en la distancia emocional que debo guardar para que la oscuridad se vuelva benigna y no los derrote. Debo medir cada suceso, cada imagen, sopesar las presencias, precaver mis debilidades y evadir la abulia. Necesito, especialmente, exacerbar mi conocida, abundante, rígida sensibilidad nocturna (yo soy una búha melancólica). Mi tarea es derribar las intensas sensaciones de desamparo que me acechan porque ahora debo transitar una perenne obligación a la noche y el deber depredador de cazar historias y deglutirlas. Nutrirme de historias.

Mi destino es sostenerme erguida en la rama más segura del baobab como la pájara que anticipa la decapitación. Sé que es imprescindible arriesgarme al caos y aun al posible o al inevitable fracaso. Entiendo que mi deber consiste en vaciar la basura de mi sistema (nervioso) para potenciar mi propia memoria.

Soy una búha de ojos anaranjados y, en muchas ocasiones, amarillos. Atrapo velozmente los fragmentos conseguidos después de ejecutar feroces picotazos a mi propio cerebro. Uno y otro. Uno y otro. Todo parece inverosímil. Caótico. Tengo la cabeza grande y eso produce una mezcla de admiración y burla, pero es la historia enigmática de mis ojos, la visión, el movimiento de mi cabeza desproporcionada, lo que me permite retardar o desplazar el final definitivo de la (última) cuadra. Acepto la constancia del peligro (de muerte) que me acecha, la zozobra de una alergia cutánea que habita debajo de mis plumas, y puedo vislumbrar, sin terror alguno, la forma común de la caída.

Las sombras más destructivas están parapetadas entre las ramas de un conjunto preciso de árboles controlados por un agente que le pertenece a la Compañía, la más poderosa de todos los tiempos. Su autoridad se retuerce, gira, se remodela. Oprime. Ciega. Destruye. La noche me pertenece. Es mi dominio y mi territorio. Se implementa mientras circula con una precipitación avasalladora el aviso de lo que se avecina. Tengo que volcarme a escenificar los modos, los pasos, los pensamientos de los vecinos, sus deseos.

En cada ojo tengo tres párpados.

Tengo setenta grados de visión binocular.

El tercer párpado es mi preferido.

Tengo, sí, sí, tres párpados.

Mil. Dos mil años. Más todavía.

Tengo una genética portentosa.

Mi cabeza gira hasta doscientos setenta grados. Gira debido a las siete vértebras adicionales de mi cuello.

Soy una búha enigmática.

Solitaria.

Silenciosa.

Ellos todavía no me cazan.

La joven vocera de la cuadra que habita en la casa 3 tose (levemente). Está dotada de múltiples cualidades que despliega de manera infatigable. Su mente es similar a la de una precursora y avezada analista cibernética. Ella (ahora mismo) se ha propuesto ingresar en la memoria de escenas religiosas antiguas que sucedieron en el reclusorio que estaba ubicado en la casa 8. Ésa era la única casa que entonces (hace ya demasiado tiempo) se sostenía con un relativo bienestar en la última cuadra. Las otras viviendas estaban asediadas, de manera creciente, por la urgencia de ahorrar la vida, y en ellas transcurría, inamovible, una escasez que amenazaba la sobrevivencia de manera progresiva.

La vocera es poseedora de una gran habilidad visual que le permite configurar escenarios sólidos, indesmentibles, ya que está impregnada por una capacidad realista que la recorre y le permite relatar los pormenores del pasado de la cuadra y detallar el transcurso (siempre impredecible) de los deseos serenos de los habitantes, aunque en algunos tramos del tiempo (no demasiados), los habitantes pueden resultar realmente explosivos.

La joven vocera se concentra en denunciar la estrategia deliberada que justificó la instalación del convento (modesto) que las cúpulas de la Compañía alojaron en la casa 8. La joven sabía, al igual que cada uno de los vecinos, que los poderes buscaban inculcar una forma de sometimiento incondicional mediante el artificio de distribuir entre los vecinos una fe falsificada. La misión era contribuir a un incesante control de la cuadra mediante la apropiación religiosa de la casa 8 y se propusieron, desde allí, capturar la energía metafísica de los habitantes e inducir la sumisión permanente para apaciguar las resistencias y de ese modo, sin clamor alguno, erradicarlos y expulsarlos (en nombre de Dios) en un futuro exacto que ya habían acordado.

Cuando las monjas la llamaron (de manera precipitada y urgente), ella entró en la pieza del convento. Las monjas no podían anticipar que los vecinos, en el curso de una intensa reunión, la convertirían en la vocera de la cuadra y, ese día, la adolescente que era entonces permaneció de pie mientras enfrentaba las acusaciones de las tres monjas (carentes de boato) que ejercían un asedio maníaco por una falta que ella no había cometido. La joven recuerda las actitudes que adoptó o que más bien entendió que era

necesario adoptar. Se resguardó en la perspicacia que la caracterizaba desde su infancia, unos modales sutiles que le permitieron soportar las acusaciones sostenidas a lo largo de un tiempo inolvidable, agudo y demasiado extenso. Dice que en un primer momento optó por mostrarse vacilante a causa de los hechos que las monjas querían obligarla a reconocer, pero, impulsada por la velocidad de un instante, de inmediato comprendió que era imperativo posicionarse y se refugió en una férrea negativa cuando supo que cada una de las palabras que decía eran recibidas por las monjas como si se hubiera precipitado sobre ellas una lluvia radiactiva.

En la pequeña pieza del reclusorio había un espejo de un tamaño desproporcionado colgando en la pared. La joven vocera dice que, cuando observó en el espejo la proyección total de la imagen de sí misma, desplegada en toda su real dimensión, se reconoció en una perspectiva inédita que la cautivó y entendió que ella existía, que contaba con un cuerpo completo, que tenía cintura, pies y rodillas, y eso ocasionó que se distrajera brevemente de la insistencia de las monjas, que la interrogaban, la cercaban, la humillaban porque estaban obsesionadas por obtener de ella una absurda y detallada confesión. Dejó de lado el espejo y sus piernas, la dimensión exacta de sus caderas, se recompuso y se concentró. Dice que ellas pretendían convertir su comentario acerca de un simple acontecimiento, del que ni siquiera fue testigo, en una blasfemia. Supo que le adjudicaron palabras incriminatorias que ponían en duda la fe que atesoraba el convento, un conjunto de frases ateas que, según las monjas, viajaron por los subsuelos de la cuadra hasta incrustarse en sus oídos guardianes.

La joven, durante el interrogatorio, no reconoció en ningún instante el tono, la expresión ni menos la actuación que le atribuían a Misael y que, según las monjas, ella se había dedicado a difundir para promover la blasfemia y extender la calumnia en torno al convento. Negó haber tenido la menor noticia de Misael a pesar de las incesantes presiones para exigir que lo acusara. Ella les aseguró, de manera reiterada, que jamás lo escuchó referirse a la disposición exacta de la iluminación que se desplegaba sobre la cama de la madre Margarita. Negó también que él le hubiera dicho que esa cama parecía un extraordinario papiro que contenía un relato oriental debido a que el cuadrante de luz le confería la exactitud y la complejidad de una puesta de sol, emanada desde el sortilegio de un distante y misterioso desierto. No, no, nunca, les dijo a las tres monjas.

El reclusorio, como toda la (última) cuadra, contaba con una pieza sencilla, pero que preservaba intacta su estructura. Su buen funcionamiento marcaba una notoria diferencia con el resto de las casas que estaban afectadas (de manera intensa) en el conjunto de sus materiales, que se divisaban húmedos, partidos o más bien descascarados, tanto que promovían la devastación de los bronquios y aumentaban la falta de sal. En cambio, las paredes del convento conservaban las líneas rectas que provenían de una sensata aunque modesta construcción.

Las tres monjas estaban sentadas en sus sillas, y ella, de pie, podía dirigir su mirada a

los pormenores de la habitación. Sus ojos se detuvieron en la pared. La madre Margarita, eso lo sabía toda la cuadra, había sacado el crucifijo que antes estaba colgado en el centro del muro para que destacara la presencia del Dios más doloroso y lacerado y, aunque había desaparecido, su huella estaba intacta en la muralla con una porfía indeleble, obsesiva, mediante la imagen blanquecina de una cruz plana ausente de cuerpo. La joven vio esa marca que revivía la cruz y pensó que se había producido un curioso antagonismo, pues la huella del crucifijo se debatía entre la presencia y la ausencia. Pero la vocera dice que desvió su mirada para evitar detenerse en ese detalle. Ya adivinaba que el poder de esa falta y el duelo por el crucifijo perdido se habían instalado en las células alteradas de las monjas. Presentía que se avecinaba una salida, o más bien una estampida, provocada por el poder inconmensurable de la marca impresa de un Dios crucificado, que ya había emprendido la fuga de ese lugar modesto que no estaba a la altura de la tarea que le imponía su sagrado reinado transplanetario.

Ella dice que, desde los bordes del espejo, pensó que las monjas se veían derrotadas o avasalladas por una fe decorativa y el rencor, demasiado visible, frente a la monótona tarea de producir las hostias que preparaban al amanecer mediante el manejo de una máquina antigua que destacaba por su lentitud e insignificancia. Las tres monjas elaboraban las hostias por instrucción del viejo sacerdote que vigilaba el convento. Los vecinos decían que el cura iba una vez al mes, se sentaba en la pequeña sala y tomaba con una satisfacción indesmentible el vaso de vino (sagrado) que le servían. Pero ellas se sentían vigiladas y, ante la posibilidad de una emboscada, producían hostias crujientes cada día para la incierta visita. Después, el cura sólo las visitaba una vez al año, después nunca, pero las monjas ya estaban obligadas al proceso de la máquina.

La vocera asegura que esas monjas pensaron que su lengua era extremadamente real y se unieron (las tres) para impedir que venerara la vida y, en cambio, esperaban que se plegara, como ellas, a un sacrificio incesante. Dice que las (tres) monjas y su interrogatorio fueron el primer síntoma que desencadenó en su mente la certeza de que estaba expuesta a una persecución intermitente. Una certeza que pudo comprobar en la sucesión de acontecimientos adversos, un conjunto de calumnias de las monjas en su contra, provocadas por el oficio negativo que estaban obligadas a cumplir. Pero el prolongado curso del interrogatorio le produjo a ella sensaciones paralizantes, plagadas de inseguridad, que la atacarían en algunos tramos de su vida.

Dice que las monjas, sus primeras persecutoras, pretendieron doblegarla, pero ella se apegó a la conocida costumbre de negar uno a uno los cargos que le imputaban. Se volcó en rechazar la acumulación de hechos que nadie podía comprobar porque eran un conjunto absurdo de suposiciones. Dice que ese encuentro presagiaba que deseaban para ella una concurrida crucifixión de lujo. O quizás pretendían cumplir las órdenes destructivas y férreamente secretas que estaba acordando en ese tiempo la Compañía más poderosa (del mundo) para ofrecerla como un trofeo para la decapitación, justo

cuando se vislumbrara la claridad vagamente perturbadora de un amanecer (después de los mil días y más de mil noches) que ya estaba determinado por la decisión aniquiladora en contra de la cuadra. Dice que vio, con el mismo asombro de los relatos antiguos, la figura multiplicada de esas tres entidades originando una anacrónica curiosidad bíblica. Negó todo hasta que se cansó de negar y las monjas asumieron su fracaso.

Después, volvió a su casa, la 3, sumida en una compleja confusión. Volvió ansiosa por aclarar su mente y ordenar los acontecimientos que había experimentado. Volvió triste. Sin embargo, su madre, que era tan distante como una galaxia apenas avistada, le dijo, con un tono esquivo y hasta cierto punto irreflexivo: estás creciendo y tu nueva altura te confunde y te persigue, pero no las monjas, las monjas no. Lo imaginaste. Se lo dijo después de que ella le hablara en medio de extensos quejidos y le explicara, con detalle, la impotencia que le provocaron las monjas. Ella, su madre, le repitió: las monjas, no. Las madres forman parte de la ruta a un monasterio mucho más amplio y divino, el convento que vimos juntas, ¿te acuerdas? Las monjas, no: ellas están haciendo su largo camino hacia la santidad, ¿entiendes?, repitió. Ella dice, con un tono perfecto, que sintió el impacto de una ráfaga de injusticia cuando comprendió que su madre se había aliado de un modo oscuro, imposible de dilucidar, a las monjas, sus perseguidoras. ¿Buscaba su madre redimirse a causa del terror que provocaba la huella que dictaminaba el vacío de la cruz? Después la justificó. Entendió los miedos, el odio. La vocera detectó en su madre una forma retorcida de la ira enmascarada que la atormentaba.

La joven vocera cuenta que unos meses o unos años después (el tiempo ya se había transformado en uno de los signos más inciertos) circuló la noticia, con la velocidad del sonido que se deslizaba locamente por cada una de las cañerías agujereadas de la cuadra, de que las tres monjas, en una acción inesperada, aunque seguramente necesaria, quemaron sus hábitos. Los incineraron porque las condenaban a una monotonía que carecía de la antigua pasión fanática que antaño, en sus años febriles, habían experimentado. Se sintieron neutras, y hasta neutralizadas, por una forma violenta de despojo mental del repertorio de creencias que les daba sentido a sus vidas.

Los vecinos reconstruyeron de manera milimétrica la escena. Lo hicieron a cámara lenta, cuadro a cuadro, para conservar y difundir la nitidez de los detalles. Se acabó, dijeron las tres monjas a coro. Lo dijeron justo debajo del altar. Ya no rezaremos ni nunca más alabaremos, nos vamos al campo, dijeron, seremos obreras agrícolas, maquiladoras, temporeras durante la corta de uva para exportación, racimo tras racimo, veloces ante las parras, con las manos hinchadas, irritadas. O dedicadas al arándano, a las frambuesas, a escarbar nimiedades en la tierra; con las uñas negras de mugre, de tierra pegajosa; vestidas con un delantal común, ancho, floreado, zapatillas de goma, calcetines; con los mechones de pelo asomados desde el pañuelo también floreado; neutras, ni arcaicas ni modernas, habitantes de un campesinado nuevo pero igualmente mal pagado, lo sabemos, pero nos vamos porque ya no soportamos, dijeron, la tarea inútil que nos ocasiona el deber sagrado de nuestros cuerpos doblegados, serviles, laxos y repetitivos de cada amanecer. No más hostias ni oraciones, ni menos lavar nuestros trajes hostiles.

La joven entendió, al desaparecer el minúsculo monasterio, que ese día, el de la huida, la religión bajo la que se enmascaraban las Compañías ya había descartado a las tres monjas (el mundo sufría un déficit en la popularidad de Dios). Cuando ellas se fueron, se estableció un final, sin retorno alguno, para el reclusorio de la casa 8 y la cuadra retomó un ritmo laico.

Más adelante se sucedieron noticias inesperadas acerca de las monjas fugitivas. Los rumores alertaron a los vecinos y redoblaron el miedo a los grandes poderes constituidos, justificaron la certeza de que existía una complicidad entre la divinidad y la

Compañía, afirmaron que ambas se habían unido para consolidar, en contra de las tres monjas, un castigo artero que profundizara la venganza.

La vocera dice que los vecinos (con una rotundidad inamovible) aseguraron que las monjas pronto renegaron del trabajo episódico porque la rutina de la fruta y la obligación de agacharse a ras de tierra les arruinó la espalda. Dice que observaron cómo sus compañeras de trabajo empezaron a adelgazar hasta que la palidez las volvió irreconocibles y parecían cubiertas por un aura blanquecina como si el exceso de sol las hubiera encandilado. Comprobaron dudosas y, más adelante, seguras (sin el menor asombro) que el capataz era un corrupto, que alteraba los pagos, que rompía los acuerdos, que manipulaba las cifras, que asediaba a las temporeras con un enfermizo lenguaje genital, que ofendía la precisión de las trabajadoras. Desencantadas del oficio que pensaron que las redimiría, las tres se convirtieron en conejas y se resguardaron entre los pliegues de las cuevas que se multiplicaban en los bordes de los caminos. La joven vocera dice que las tres monjas parieron, sin dolor alguno, quinientos conejos.

La vocera sostiene que, aunque corrieron a campo traviesa, en un amanecer preciso, no pudieron evadir la decapitación por parte de una turba fascista que se oponía a la conversión y despreciaba la libertad de las conejas. Los fascistas las acusaron de provocar una crisis religiosa cuando ellas se entregaron a perturbar las rígidas leyes del control del deseo y no acudieron a proseguir la constante y necesaria autoflagelación nocturna. La turba, impregnada de certezas emanadas de mensajes de alerta diseñados para atacar, las atrapó a pesar de los intentos de huida de las monjas, que nunca renunciaron formalmente a sus hábitos. Después de la cacería, les cortaron la cabeza y las colgaron de las colas de manera simétrica en tres árboles. Sí, dijo la joven vocera, colgaron a las tres conejas en una fila tétrica para alertar a los fieles de los peligros que ocasionaban las aperturas de los orificios sexuales.

Las tres monjas, dice la joven vocera, antes de que abandonaran el reclusorio, mucho antes de asumir el progresivo debilitamiento de sus genes religiosos para volcarse a ser conejas decapitadas al amanecer, exhibidas y colgadas, pretendían controlar aún más a la madre Margarita porque había un niño. No, en realidad no era un niño, dice; más bien era un amigo, un joven vecino que jugaba de manera ingenua, totalmente necesaria, con la madre Margarita. Ella, la madre Margarita, con una voz cálida, especialmente rítmica, provista de la perfecta pronunciación que había adquirido después de un obligatorio y, en cierta forma, cruel curso de fonética, le decía: dime señora Margarita, por favor, dime así. El jovencito, que se llamaba Misael, insistía: no puedo, no puedo, usted se llama madre Margarita. Mientras, la monja, la madre Margarita, susurraba: dime *señora*, dime *señora*. Por favor, repite conmigo: señora Margarita.

Estaban en la pieza. En la pieza de la monja. La joven dice que Misael parecía verdaderamente ingenuo o trivial o quizás demasiado indolente, porque, entregado a la plenitud de su ambigüedad, deseaba que la monja lo dejara en paz, pero, a la vez, no quería que lo dejara en paz. La vocera dice que Misael percibió, con una precisión sorprendente, la situación, el ambiente y la atmósfera emocional de la celda. Dice que él describió la perfección de la cama, las sábanas y la colcha lisa, elegida con exactitud por su color neutro, pero que evocaba una multiplicidad de finos matices plateados. La almohada, perfumada y dispuesta en la mitad exacta de la cabecera, destacaba la vocación a la armonía, que era el atributo primordial de la madre Margarita. Perfecto, le dijo Misael a la joven vocera, todo era perfecto, sin un átomo de hostilidad. La habitación parecía que estaba programada para promover la salvación espiritual de la cuadra, ¿me entiendes?

La joven dice que Misael le contó que se sentó con un cuidado histórico al borde de la cama. La vocera, proclive a enfrascarse en extensas descripciones en las reuniones con los dirigentes, dice que ella recordaba a la perfección ese día preciso y se vuelca a señalar los detalles. Dice que él tenía diecisiete años, que eran muy amigos y agrega que él era especialmente atento. Dice que, aunque era moreno como todos, una parte de su pelo lo teñía de un tono que no podía calificarse de rubio, aunque el color indeterminado evocaba cierta coincidencia, apenas un parecido inexacto, como si ese tono, el que

portaba Misael, hubiera experimentado una mutación transgénica. Dice la joven que él exhibía su curioso colorido justo en el centro de su cabeza, que esa parte de su pelo lucía como una valiosa pintura que contuviera una extensa plantación de un trigo que irradiaba tonalidades de un verdeamarillo, un campo de trigo mecido por un viento convenientemente suave. Algo así, les dijo, porque parte de la cabeza de Misael era parecida a un cuadro.

El tono y el estilo del pelo de Misael provenía del ensueño cosmético de un aficionado a tareas químicas, un vecino inventor que lo había convencido de que su cabeza sería perfecta si acudía al matiz inédito que él había seleccionado después de una cuidadosa y prolongada investigación. Ese vecino, soltero, un constante ejecutor de nuevas experiencias, se había entregado a dilucidar los subterfugios del color como su único horizonte. Se definía a sí mismo como un superdotado desde su nacimiento y aseguraba que más adelante iba a inscribir su obra en la historia más exitosa de la inventiva popular. Trabajaba encerrado, en las noches, en la pequeña cocina de su casa, la 11. La minúscula cocina era el único espacio del que disponía y allí, a pesar de la terrible incomodidad, después de una cantidad de prolijos ensayos, consiguió un éxito indesmentible con la cabeza de Misael. Sus vecinos le alabaron su logro y su creatividad. Te quedó bien el color, le dijeron, raro pero bien. Él les explicó que había obtenido esa exclusividad mediante una observación acuciosa de los singulares matices que adquiría el sol proyectado sobre los techos de la cuadra, y así consiguió sintetizar los efectos reconocibles de unos matices oxidados y deteriorados que rompían la certeza en la universalidad de las reglas que tanto pregonaban los científicos. Misael le manifestó su admiración al inventor mediante un cálido abrazo. Así le demostró su gratitud por la elaborada singularidad del color que ostentaba en su cabeza.

Ese día, el día de la monja, Misael usaba una camisa gris que la vocera sabía que a él nunca le había gustado. Dijo que, cuando él se sentó en el borde de la cama, la madre Margarita alisó inmediatamente la colcha porque odiaba que se vulnerara la perfección. Misael le dijo a la joven vocera que se había sentado en la orilla, disfrutando de la penumbra, concentrado en acumular cada uno de los detalles. Le dijo que el gesto de la mano de la madre Margarita en la colcha le pareció irrelevante porque la pieza estaba tan ordenada que se tragaba todo, neutralizaba todo. Dice la joven que Misael le aseguró que se habría quedado allí el resto de su vida, inmerso en la alucinante relación entre las sombras y la forma que adquiría cada uno de los objetos. Dice que sintió que esa pieza simple, bella, austera, contenía una versión posible y hasta cercana de lo que podría definirse como la imagen de un antiguo paraíso proletario.

La joven vocera de la cuadra asegura que ella sabía que Misael se consideraba a sí mismo inestable debido a que ningún pensamiento perduraba en su cabeza. La falla la atribuía a unos zumbidos constantes que circulaban en el centro de su cerebro. La joven vocera, que, en ese tiempo, ya estaba acostumbrada a asistir los síntomas, las

enfermedades y los problemas de la cuadra, le comentó que había escuchado a un vecino, el de la casa 4, afirmar que estaba angustiado por los ruidos que atravesaban su cabeza y que su esposa le había dicho que se trataba de una enfermedad que se llamaba *tinnitus*, un nombre que a la vocera le pareció sonoro, y se lo contó para que considerara esa posibilidad. Se lo dijo cuando Misael le habló del mal que lo recorría. Él la miró, negó que se debiera a un factor orgánico, le explicó que esos ruidos los entendía como un tipo de alerta de alta intensidad. Rechazó la opinión clínica que la vocera había oído de la vecina y le dijo que eran avisos. ¿Avisos? ¿De qué?, le preguntó la joven vocera. Avisos, entiende, avisos no más, de algo, tú sabes lo que nos va a pasar, y será pronto, le contestó él.

Cuenta que Misael le confesó que estaba cansado o que se había cansado por el inicio de una microinvasión de tierra en sus bronquios y la falta de sal (la cuadra entera se negaba a nombrar la palabra *salario*). Él le explicó que el ahogo se apoderaba de él y que el estado absurdo de su garganta y de sus pulmones lo había obligado a levantarse del borde de la cama de la madre Margarita. Tenía que salir para normalizar su respiración y volver a encontrase a sí mismo. Cuenta que él, con un tono casual aunque impregnado de un matiz ligeramente nostálgico, le dijo: adiós, señora Margarita. Pero, antes de retirarse de la pieza, se giró para mirarla desde la puerta entreabierta y añadió: señora Margarita, usted le fue infiel a Dios.

Misael le dijo que salió de la pieza apesadumbrado por los escollos que experimentaba su respiración, pero la joven aseguró que él no salió del todo. No del todo, dijo. Así era la joven vocera desde siempre, insinuante, provocativa, amante del suspenso. Dijo que la madre Margarita sabía que los inmensos (y concentrados) poderes modernos asociados a los inagotables recursos tecnológicos y cibernéticos se habían confabulado en contra de la cuadra y no se sentía preparada (todavía) para convertirse en una víctima del convento o que la consagraran como una santa de plástico. La madre Margarita insinuó que las Corporaciones ya habían acordado con la gran Compañía los métodos que usarían en el plazo estipulado para realizar la total deportación nocturna. Dijo que la madre Margarita se hundió en una importante introspección mediante la que buscó respuestas al vacío divino que progresivamente la empujaba a un deseo que sólo contenía la falta de deseo. Entregada de lleno a explorarse a sí misma, intentó recuperar su infancia y advirtió que aparecía borrosa en su memoria, salvo la claridad de ciertas imágenes visibles en algunos tramos, pero que eran interrumpidas por cortes que se instalaban para impedir. Supo que una parte crucial de su niñez estaba diluida para evitar la inmersión en cualquier forma de nostalgia o de terror. En cambio, el reclusorio permanecía intacto en su memoria desde que ingresó una mañana fría a poblar una de las dos piezas. La madre Margarita sabía que Dios la había perseguido de manera incansable. Él, Dios, era la única imagen repetida que la acechaba cuando evocaba episodios de su pasado infantil. Sólo recordaba unas escenas repetidas en las que ella corría intentando una huida imposible, carente de horizonte, mientras Dios la emboscaba desde todos los rincones de la pieza y sellaba la única ventana de una casa de la que no conservaba una dimensión reconocible. Pensó que lo más indicado para ella era aceptar que había nacido en el reclusorio. Más aún, estaba segura de que las monjas la observaron con una especie de sutil conmiseración después de que le impusieran la rígida tarea de permanecer sentada al lado derecho de Dios. Tú te sientas ahora a su diestra, le dijeron las tres al unísono.

El reclusorio contenía el mundo. Un mundo pequeño surcado por una delgada capa de harina, poblado de noches interrumpidas por el desvelo debido a un insomnio contagioso que arreciaba desde cada una de las casas. La cuadra murmuraba fuera para

amedrentarla con su sonido plenamente orgánico. La madre Margarita experimentaba un conjunto de síntomas de agobio divino que la empujaban a una oscuridad plena de imágenes tormentosas. Ella sabía que las tres monjas a las que debía servir y obedecer mostraban una línea de preocupación en la frente y parecían ligeramente ausentes, pobladas por una vaga indiferencia ante la obligación de activar la belleza en el minúsculo espacio sagrado que estaban destinadas a custodiar. La madre Margarita entendía que ellas, las tres monjas, se debían a los mandatos de las Corporaciones que tenían hipotecadas a todas las Iglesias del mundo. Ellas eran sus acólitas, sirvientas de baja escala, sin una paga precisa. Para aminorar su creciente desánimo y, en cierto modo, favorecer a las tres monjas, una tarde la madre Margarita sacó el crucifijo que estaba colgado en la pared. Pensó que el clavo que unía la cruz de madera al adobe duplicaba la catástrofe de Cristo, que ya estaba clavado de las manos y de los pies en su cruz. Descolgó el crucifijo y lo guardó debajo de la cama en uno de los descuidos frecuentes de las monjas, teniendo la certeza de que ellas ya experimentaban una notoria desconexión mientras oraban, pues lo hacían con un tono meramente repetitivo que mostraba una notable ausencia de énfasis místico. Ella sabía que las tres monjas compartían un sentimiento nuevo que carecía de antecedentes.

La madre Margarita salió a la calle y le regaló la cruz a la vecina de la casa 5, con la que se encontró de manera fortuita. Lo hizo por su decisión de entregársela a la primera persona que se cruzara en su camino para no verse obligada a elegir. La vecina le agradeció y pensó que era una misión religiosa que el convento había iniciado para congraciarse y preparar a la cuadra para la deportación, que según aseguraban los dirigentes se precipitaba. Tenemos los días contados, decían casa por casa. Ella, la madre Margarita, después de cumplir con la tarea que se había propuesto, se sintió aliviada y más íntegra, dotada de una seguridad nueva que le pertenecía por su inédita inclinación a decidir.

La joven vocera dice que la cuadra entera sabe que un día lunes, muy temprano, actuando de manera sigilosa, la madre Margarita, siguiendo el trazado de su nuevo y convincente aprendizaje, le vendió su hábito, cuidadosamente limpio, a una vecina de la casa 10. Te lo vendo, le dijo, para que te lo pongas en la noche, para que te sientas mejor. Te lo vendo, le dijo, para que duermas tranquila. Te lo vendo barato, así te acuestas protegida, asistida por la divinidad. A la vecina de la casa 10 le dolía la cadera izquierda y pensó que con el hábito de la madre Margarita se podría hacer un gran vendaje para detener el terrible ataque óseo que sufría en las noches. Bueno, le dijo, yo se lo compro, madre Margarita. Después de que la vecina le pagara a la monja una suma que la joven vocera consideró irrisoria, fue a comprar su nuevo atuendo. Al día siguiente, el martes, la joven dijo que la madre Margarita le entregó su hábito a la vecina y salió del reclusorio vestida de forma casual, con ropa de verano, zapatillas, una bolsa de género colgada de su hombro. Se fue de manera fortuita y hasta fantasmal, tan sutil

que la hazaña de su exitosa fuga religiosa produjo una instantánea admiración en la cuadra. La joven vocera afirma que la monja alcanzó a huir a un espacio alternativo instantes antes de que los celos de Dios producidos e inculcados por la Compañía la lastimaran con su rencor. La joven dice que la cuadra entera asegura que, justo al cabo de un mes, Dios la encontró y la entregó a un efrit que la convirtió en una oveja que, beee, beee, beee, balaba, mientras subía por un cerro que carecía de cima.

El día de la huida de la madre Margarita, el martes, y la noche más generosa de Misael ya forman parte de una leyenda que cruza las horas en que se desencadena la imaginación nocturna de los vecinos. Sí, porque Misael, mientras transcurrían los meses, fue consolidando una preocupación obsesiva por el estado de las casas de la cuadra y la situación anímica que curvaba la espalda de los habitantes. Desarrolló una actitud de apoyo deslumbrante ante cada una de las frecuentes explosiones ansiosas de los vecinos frente a los rumores crecientes de lo que se iba a precipitar. En la misma exacta fecha de la huida matutina de la madre Margarita, el día martes, él se sintió convocado a disminuir y apaciguar una vez más la crisis que atravesaban las construcciones y esa noche, de manera decidida, se volcó a poner piedras sobre las latas de los techos porque sabía que el viento y la lluvia habían desencadenado un ataque sincrónico para unirse de manera radical a la gran Compañía que se iba a apropiar de todo el valioso aunque pequeño terreno.

Misael se propuso afianzar los techos con las piedras que trasladaba desde una cantera que estaba a dos kilómetros de distancia. De manera fulminante, corría y las transportaba en su carretilla soportando con decisión los efectos de la intemperie, mojado, empapado, aferrado a las manijas de metal pero guiado por una pequeña linterna que protegía entre las piedras. Frente a los vecinos, hizo una arenga que todos celebraron y permaneció en el archivo oral de la cuadra, un discurso que repetían con una especial fascinación los niños. Si el viento se lleva las latas, dijo con un tono de voz sereno pero a la vez enfático, estamos jodidos. Después se vuelan las paredes, después los pocos muebles que tenemos, después nos morimos.

Arriba, moviéndose en las alturas, Misael parecía un pájaro iluminado por una luz escasa. Subía y bajaba de la escalera de madera como un atleta famélico para sacar las piedras de la carretilla y distribuirlas sobre los techos. El viento y la lluvia de esa noche no los arrasaría porque Misael se había propuesto una batalla (a muerte) en contra del clima. Él estaba seguro de que con la dimensión de la fortaleza mental que lo movilizaba vencería a la furia clasista que se precipitaba en contra de ellos. Pensaba que podía superar los escollos que les imponía el temporal, aseguraba que excedía las condiciones naturales y suponía, así se lo dijo a los vecinos, que la catástrofe de la cuadra se

producía por el cerco y el asedio de entes confabulados que se habían incorporado al sistema de deportación y que eran imposibles de detectar. Sabía que parte del peligro de esa noche radicaba en la amenaza de los cables eléctricos, que estaban desgastados y muchos de ellos arrancados a mordiscos por los vecinos. Mientras ponía las piedras en los techos, pensó de manera súbita en la madre Margarita. Entendió, con asombro, que había imágenes de ella que ya no recordaba. O no recordaba nada de ella como no fuera su hábito, su traje de madre Margarita dispuesto con una exactitud irreal sobre la cama. Una ropa sacada de un sueño antiguo o de una pintura renacentista que, tras la parsimonia del hábito, había escondido la furia histórica que desencadena en las religiones el pelo de las mujeres. Misael estaba poseído por una imagen que se repetía y se amplificaba, se decía a sí mismo el hábito, el hábito. Lo repitió muchas veces como una nota musical elaborada para aliviar su trabajo con las piedras que dejaba caer sobre los techos.

Misael realizó un viaje y otro, y otro, recogiendo en la cantera piedra tras piedra. Así logró alterar la perversidad del plan que se escondía tras las condiciones climáticas adversas. Lo hizo guiado por su fortaleza y una sabiduría intrépida que consiguió afianzar las latas frente a la ferocidad del viento y se dio tiempo, arriba de cada uno de los techos, de ordenar las que ya estaban demasiado averiadas. Con una maestría indudable, puso encima de los latones pedazos de cartón recubiertos de cemento y, para asegurar su trabajo, estiró encima unos plásticos que protegieran los techos.

Fue una aventura nocturna regida por una esforzada épica popular que se prolongó más de ocho horas. Las piedras, esa noche, y la imaginación intransable de Misael pudieron sostener la cuadra. Los vecinos se dedicaron a proteger los parcos y mínimos enseres que quedaban en el interior, las teteras, las ollas, las mamaderas, los chupetes, los ganchos con ropa y, especialmente, las sillas que representaban el último lugar de descanso. Después del triunfo de los techos, incluso se animaron a abrigar una nueva aunque cautelosa esperanza. La tarea nocturna del joven consiguió reanimar los retazos de las escasas emociones de los habitantes de las casas.

Misael era como era: cauto, amable y, desde luego, inclasificable. Rehuyó los agradecimientos de los vecinos y tomaron cerveza juntos, pero se negó, con una cortesía austera, al homenaje que querían dedicarle. Rechazó, imbuido por una cálida y convincente modestia, cualquier mínimo reconocimiento de la resistencia de su fortaleza anémica. No, les dijo, no, si no fue nada; había que hacer algo. Menos mal que me resultó. Eso es lo único que importa. Miró las casas con afecto y después se sentó en la angosta vereda para sortear el cansancio y repararse. Fue hasta su pieza, durmió en su colchón (que estaba en suelo) y pasó esas horas alejado de las pesadillas. Cuando despertó, preparó un pequeño bolso.

Esa tarde le regaló la carretilla, con la que hacía algunos trabajos informales, a su vecino de la casa 5. Para que la tengas y la uses por si te sale algún trabajo: no sé, una

pega, seguro que te sale alguna; no sé, algo va a salir; cuídala bien eso sí, le dijo. Y se despidió del vecino con un tono casual para no dramatizar la salida. Así, de manera convincente y autónoma, abandonó su pieza de la casa 4, cerró la puerta y dejó atrás toda su historia. El joven de la casa 5 miró con incredulidad a la que ahora era su carretilla, observó a Misael irse y se volcó, de inmediato, a comentar casa por casa lo que acababa de suceder. Se fue, les dijo, y fíjense que me dejó su carretilla. Me dijo que me la regalaba, ¿se imaginan?

En la cuadra se desató la conmoción por la primera gran pérdida que afectaba a la resistencia que mantenía la unidad entre los vecinos. Pero Misael no lo entendió como abandono, pues él dejó la cuadra porque estaba enfermo. Toda su epidermis experimentaba una crisis por la falta de sal. Debido a su malestar generalizado, decidió partir en un viaje hacia la costa para encontrarse con el mar. Cuando llegó, respiró, inhaló y exhaló varias veces el aire nuevo. Entendió que su decisión contenía una exactitud que no había dimensionado cuando observó los movimientos tempestuosos de las aguas y entonces supo que se había encontrado con un exacto gen mágico que desconocía de sí mismo.

Se convirtió en buceador para intensificar su nuevo bienestar corporal y se internó en las profundidades marinas que le proporcionaban una felicidad exclusiva. Más adelante, impulsado por su irrevocable devoción marítima y gracias a la consideración del único efrit que lo protegía, mutó y se transformó en un delfín famoso. Los turistas del agua lo admiraron por el estupor que les provocaba el despliegue de su aleta, bellísima, brillante, una aleta lujosa que producía un impacto subterráneo a causa del color inesperado que se incrustaba en su lomo pez, un color que no estaba consignado en ninguna escala cromática.

Los turistas lo observaban imbuidos por una súbita e indesmentible devoción acuática y seguían sus apariciones, conmocionados por las ráfagas estéticas que los embestían. Después, ellos, los turistas, le enterraron un arpón. Después lo partieron en incontables pedazos. Después le vendieron la aleta al coleccionista que presidía una gran Corporación. Después lo devoraron.

*

La imperturbable constancia de mi árbol desafía la potencia conspirativa de la Compañía. Desde la rama más poderosa del baobab, puedo constatar los matices que proyectan las sombras en el entorno. Consigo extremar, mediante el protagonismo de mi segundo párpado, una vigilancia acuciosa de los anuncios de la llegada de los camiones (de basura) desplazándose en la clandestina noche. Sé que avanzan, preparados para irrumpir.

Ahora, enmarcada por las hojas y sus tenues movimientos, diviso la cuadra completa. Casa por casa, sus paredes, las techumbres, los metales, demasiado doblados. Las camas, las mesas, las sillas. Veo platos y saleros, los vasos; las ollas, demasiado dañadas, cebollas y papas, porotos, restos de comida, un perro dormido, botellas de vino. Miro y recorro las imágenes como si fuera una especialista. Los cuerpos están atravesados por un raro ímpetu sensorial, asolados por deseos inagotables y recorridos por escalofríos por la falta de sal.

Me he convertido en una figura dúctil, irreverente, aunque apegada a un programa que requiere de una actividad mental agotadora. Sólo existo en la noche o sólo existe la noche. Los días experimentaron un trastorno físico y se fugaron por un intersticio del mundo. (Los mil días ya concluyeron y se han concretado más de mil noches.) Soy intensamente nocturna, ajena al estadio monótono del sueño. Mediante un consistente picotazo y el sonido de mi canto, tengo que seguir relatando unos metros, un centímetro, un surco, un instante, la búsqueda. Y la espera. El deber de pasar cada noche para evitar la decapitación de mis historias. El sable lujoso, brillante, afilado, el más poderoso de todos los que posee la Compañía, está debajo de una almohada de seda del socio mayoritario, una hoja filosa preparada para exterminar los escollos que dice que dañan la categoría que necesitan para lo alto de la ciudad y que los volverá idénticos, luego de arrojar a la intemperie los cuerpos que los degradan y que no merecen habitar.

Los vecinos de la cuadra ya están agotados, proclives al ahogo. A cada uno de los habitantes le duele la cabeza (de angustia). Viven en medio de una premonición trágica. Inamovible. Yo quiero decirle a la vocera de la cuadra (me siento obligada a informarle) que las monjas, el espejo, un efrit, ella, el árbol y yo, la búha, formamos parte de la noche para prevenir la expulsión de la mujer y de sus hijos de la casa 7, la erradicación

del joven que ocupa una pieza en la casa 10 y la de la familia de la casa 12, la salida de los habitantes de cada una de las casas. La joven vocera dice que está exhausta; veo cómo sostiene con una silla la inclinación de la pared cubierta por un plástico aglomerado. Afianza la pared para que no se le caiga a su padre encima de la cama y lo mate por el golpe. Sé que debo perfeccionar los detalles de las vidas, volverlas más reales todavía mediante un arañazo a la rama más fiel que me acompaña en mi denuncia a la Compañía. Tengo que dilatar, pensar agudamente en los contornos hostiles, denunciar los movimientos de los pájaros corporativos refugiados en sociedades indetectables. Resulta imperativo poner en evidencia el falso reflejo que irradiaba el monasterio, mantener la sepulcral antesala de la oscuridad que dilatará el porvenir. La joven vocera parece molesta o cansada o enferma. Dice que para la pervivencia de la cuadra nada resulta suficiente. Dice que ya experimenta la antesala de la deportación. Dice que la Compañía asegura que los vecinos profanan y alejan a los selectos habitantes. Dice que las Corporaciones sostienen que le devolverán el prestigio al acto de vender.

Mi deber es poblar de historias la oscuridad. Mis ojos son esféricos.

No giran dentro mis órbitas.

Mi poder se sostiene en la extrema dilatación de mis retinas.

Soy una búha soltera.

La joven vocera de la cuadra es presa de una serie de manías que podrían catalogarse como fobias, una suma de detalles repetidos, ciertos gestos de rechazo a ella misma que resultan incomprensibles, como su obsesión por examinar los alimentos, su costumbre de usar vestimentas de un mismo color en diversas gradaciones o su frecuente inclinación a refugiarse en monosílabos cuando parece desconcertada. Los vecinos la observan y la entienden porque saben que un creciente conjunto de manías se ha apropiado de la cuadra, unas manías que se extienden a través de las cañerías y contagian. Pero la vocera puede salir de esa parte oscura y repetitiva de sí misma y se dedica con frecuencia a distraer a los vecinos para suspender, de manera efímera, el agobio que les ocasiona la espera. Lo hace montando para ellos un teatro surreal y, en ocasiones, satírico. La joven vocera es una gran imitadora de las risas y de los llantos que salen de las casas hasta rebotar en el asfalto de la angosta calle. Un asfalto tan dañado que semeja el tejido calado de una telaraña. Los habitantes de la cuadra admiran su capacidad imitativa, la reconocen como experta en una diversidad de gestos sorprendentes y aprecian el modo en que manifiesta sus deseos y posterga sus temores. Los vecinos valoran cada una de sus capacidades. Saben que ella es la que, en las noches, simula una voz robótica que parece grabada desde un equipo chino de última generación. La vocera se siente partícipe de la actualidad y expectante frente al futuro, tanto que en ciertas ocasiones se declara, sin temor alguno, en presencia de los vecinos más jóvenes, fanática del presente, adicta a una realidad indeterminada aunque está invadida, al igual que todos ellos, por las imágenes, devastadoras y abiertamente atemporales, que le provoca el conjunto de desastres que experimentan.

La vocera, con un tono cuidadoso, relató en toda la cuadra, casa por casa, de manera extensa, la desventura que sufrió frente a sus dos vecinas cuando les pidió ayuda para cuidar a su padre enfermo. Todos los vecinos sabían que la madre de la joven vocera los abandonó, a su padre y a ella. En el curso de una tarde agobiadora, dijo, como en un monólogo teatral, que se había cansado de los techos, de su casa, de su marido, de su hija, de los bordes deteriorados de su pieza, de todo, y les comunicó en una tranquila, aunque largamente ensayada escena: yo me voy de aquí, no soporto un instante más el desprecio, que desconfíen, que nos degraden más todavía. Y la madre reconoció que no

era adicta a la cuadra, que no se acostumbró, que nunca sintió que perteneciera. Yo nunca he pertenecido, no sé qué hago aquí, somos del río, del sitio de abajo. Eso nos corresponde, aquí estamos viviendo en ninguna parte, les dijo. Los dos, la vocera y su padre, respetaron su decisión. La joven no resintió la ausencia materna y más bien dejó entrever que su madre había emprendido un viaje y que volvería en una fecha todavía indeterminada. Los vecinos, aunque sabían con exactitud lo que había sucedido, asintieron para no ofenderla.

La vocera necesitaba de ayuda para cuidar a su padre, pero no consiguió que las mujeres aceptaran. Se lo contó al resto de los vecinos sin rencor, más bien con una serenidad que era necesaria para dejar un testimonio personal que, sabía, incrementaría el archivo oral antes de la deportación. No quisieron cuidar a mi papá, hice todo lo posible. Por eso no pude concentrarme durante la reunión. Estuve todo el tiempo preocupada, imagínense. Dejé a mi papá solo, enfermo, no se puede, no, no, no se puede, decía.

Contó que permaneció de pie, frente a la casa 3, para hablar con las mujeres y realizar su pedido. Sabía que debería ser en extremo respetuosa porque entendía que una parte de su consistencia celular era irregular y eso le provocaba una ocasional afección nerviosa que podría inquietar y entorpecer su pedido. Aseguró que llegó donde la vecina y la madre de la vecina, y tocó la puerta para pedirle a la hija que cuidara a su padre. Dijo que cuando las mujeres la invitaron a pasar, ella se concentró en las miradas (humanas) que la observaban porque sabía que allí, en el ojo, se encuentra la ruta perfecta de acceso al cerebro. Dijo que de inmediato advirtió en ellas el brillo negativo que les ocasionaba aquella decisión tomada de antemano, una decisión que ya estaba alojada en sus agudas, tormentosas y biológicas retinas. Cuando vio la potencia del brillo, supo que las mujeres estaban preparadas para rechazar su pedido, que lo habían resuelto de inmediato. Entendió que ellas conocían por anticipado el objeto de su visita (todo se filtraba a través de las cañerías). Comprendió que no iban a proporcionarle asistencia, porque aquel preciso día a ellas las recorría un ánimo retroactivo. Pero insistió a pesar de su certeza. Les explicó con exceso de detalles las urgencias de su padre: su bienestar, su dieta alimenticia, su lavado, sus horas de sueño, sus dolores crónicos. Adquirió un tono abiertamente conciliador, bordeando lo casual para así generar una cercanía que pudiera comprometerlas, hacerles repensar su decisión y convencerlas de aceptar su encargo. Las vecinas parecían serenas, invadidas por una calma que resultaba irreal o impostada o largamente ensayada en relación con la grave situación que atravesaban.

La joven vocera, mientras intentaba lo que sabía que resultaría inviable, miraba sonreír al niño de la vecina y oía también a lo lejos, procedente de un lugar imposible de determinar, una música insensata que se acoplaba a los gritos que lanzaba un coro de voces inarticuladas justo cuando se producía el éxtasis de una fiesta. Pensó que el

alboroto provenía de un edificio alto, lejano, invisible para la cuadra, pleno de ventanales polarizados. Quiso darles un giro más intenso a sus observaciones conservando un tono cauteloso aunque traspasado por la seguridad que le autorizaba la importancia filial que se había atribuido. Les habló del clima, de la persistencia del frío por la humedad que emanaba de los muros, de las noticias falsas que distribuían las Corporaciones (cada una dependía de la Compañía), del ánimo general que imperaba en contra de la cuadra.

La joven también era muy respetada por la constancia y la resistencia que manifestaba frente a la constancia de las adversidades que le provocaba su padre. Los vecinos conocían la magnitud de su dedicación, la voluntad emocional que le permitía equiparar a su padre a la gran experiencia que ponía a prueba la solidez que portaba su vocería. Los vecinos entendían que ella había convertido a su padre en una tarea experimental para medir los decibeles de paciencia que ella necesitaba para contenerlo y, más aún, soportarlo. Esos méritos aumentaban el respeto y el reconocimiento de los vecinos, que tenían de manera unánime una opinión negativa acerca del padre. Ellos sabían cuánto necesitaban a su joven vocera. Pero también habían acordado jamás cuidar al padre. Nunca, dijeron.

La cuadra, durante una antigua reunión realizada en un tiempo de máximo desasosiego, después de una oportuna deliberación, elevó a la joven al estatuto de dirigente. Ella ya se había envuelto en su halo de legitimidad, otorgado por la seguridad que la caracterizaba. La cuadra necesitaba que se creara una armonía palpable frente a la situación que atravesaban, una zozobra que no admitía rupturas vecinales y que los dirigentes tenían la obligación de precaver. Ella les hablaba a sus vecinos con una calidez que los comprometía. Lo hacía conservando el movimiento controlado de sus manos y la disposición de todo su cuerpo, que resultaba proclive a una recepción insoslayable. La vocera contaba con una forma necesaria de dominio escénico, así como con una estela de rotunda sinceridad y simpatía que se dispersaba por las cañerías y generaba repetidos comentarios y murmullos que la alababan a lo largo de la cuadra. Cuando se produjo un acuerdo general entre los vecinos para otorgarle la vocería, ella agradeció el puesto y lo aceptó sin aspaviento alguno. Muchas gracias, un honor, les dijo, y, desde ese día, se dedicó al oficio de frenar la constancia de las disputas, de las borracheras; se empeñó en relatar, evaluar y, lo más crucial, advertir que había que prepararse.

La vocera entendía que la cuadra no estaba disponible para su padre y que, aún más, los vecinos le tenían un rencor crónico debido a que él, antes de la enfermedad, siempre se expresó en las reuniones con un tono de absoluta superioridad que les molestaba. (Su padre había sido un antiguo dirigente, obrero industrial electo en una votación directa, calificado.) Decían que, pese a sus antecedentes, él había mostrado un borde agresivo, descalificador y hasta insultante, frente a sus iniciativas, que buscaban alertar y precaver. Su mala fama atravesó las paredes de la cuadra hasta ocasionar una forma abierta de segregación. Pero ella insistía en derribar la imagen negativa y buscaba (sin éxito) suscitar una compasión vecinal por sus inauditas enfermedades.

Les aseguró a sus vecinas de la casa 3 que el cuidado que les solicitaba aquella noche sería sencillo porque su padre ya había abandonado la costumbre de los gritos, de los suspiros. Lo dijo así porque sintió que las dos mujeres lo culpaban por el insomnio que atravesaba la cuadra, y sabía que algunos vecinos lo atribuían a las imperfecciones sonoras que salían a borbotones o a plenitud debido a una suprema distensión de la

garganta de su padre. Estaba convencida de que la lengua de su vecina, si aquella noche cuidaba a su padre, después se entregaría, junto a la madre, a esparcir rumores, pero, a pesar de que podría desencadenarse una asonada de comentarios le resultaba inevitable continuar insistiendo, porque era organizada y tenía una pauta de cuidados tan estricta que, a despecho de la inminente negativa, se los detalló a las vecinas. Su esquema contenía la suma indispensable de labores que debían realizar: su cara, su lavado nocturno, su ropa manchada de orín, el baño, sus orejas, laberínticas, y los dientes. El pelo. El pelo y las uñas, el terror a una caída.

Sometida a la urgencia paterna, había llegado hasta la casa 3. Lo hizo aferrada a un falso hilo de esperanza que debía ensayar porque, si no lo intentaba, dejaría abierta una incógnita que no se perdonaría a sí misma. La joven vocera, buscando agotar las posibilidades, se obligó a pedirle a la vecina de veinticinco o veintiséis o veintisiete años que cuidara aquella noche a su padre. Le dijo que, ante su ausencia temporal, durante unas horas muy acotadas, su madre podría encargarse del hijo, su nieto. La joven hablaba parapetada en la capacidad emocional que suscita el encuentro exacto entre el tono de la voz y las palabras más convincentes para referirse al carácter de su padre, alabar el prestigio de su vecina y realzar la abnegada historia de su madre, sonreírle al hijo, exaltar las figuras impresas en el mantel plástico, celebrar la resistencia de los escasos muebles, resaltar la textura, la exactitud y la limpieza de la ropa del niño y referirse con admiración al parecido del hijo con su madre.

La joven vocera se debía a la creciente crisis de la cuadra y no sólo a los estertores de su padre. Ofreció una suma (demasiado modesta) por sus servicios que la vecina compartiría con su madre. El dinero que la vocera les propuso constituía un pago menor, una cantidad abiertamente insuficiente, pero el aislamiento que atravesaba la cuadra había empujado a todos sus habitantes a una vida que apenas podían sostener antes de caer de bruces en una miseria abierta. Una miseria final, porque, después de los mil días y más de mil noches, la cuadra experimentaba que la falta de sal era la antesala de la muerte. La joven estaba sometida a una encrucijada y sentía que debía insistir, aunque significara bordear la más plena humillación; tenía que rebajarse delante de las vecinas, porque esa noche no podía. No podía. No. Su tarea, a lo largo de esas horas, era impedir o, al menos, retrasar la entrada de los camiones que ya se estaban preparando. Necesitaban extremar la vigilancia. La reunión a la que la habían convocado estaba enmarcada, así se lo habían informado, por unas condiciones de suma urgencia.

La vecina a la que la vocera pidió ayuda para cuidar a su padre se llamaba Alicia. Su madre también se llamaba Alicia. Alicia, la hija, tenía un amante. No, no tienen que decirlo tan abiertamente; yo siempre lo presento como amigo no más, le decía ella a sus amigas; pero bueno, con todo lo que está pasando, total, qué importa. El hombre era un obrero de la construcción desde su infancia. El amante mostró una característica inamovible: fue proclive a la altura. Su obsesión nunca se detuvo y su dependencia emocional lo llevó a especializarse en la construcción de edificios de gran envergadura enquistados en materiales sólidos que consagraban la unión entre el fierro y el cemento.

No parece posible asegurar con exactitud cuándo se conocieron Alicia y su amante. Aunque no existe una versión exacta, a la cuadra le parece probable que el primer encuentro ocurriera en el almacén, ubicado justo en la esquina de la cuadra, donde ella compraba ciertos comestibles (no todos, porque cada día disminuía el abastecimiento para ellos a niveles absurdos) para sacar adelante la alimentación familiar, especialmente la leche que el niño debía consumir en horarios exactos a lo largo de cada uno de sus repetidos y hasta tediosos días. La cuadra pensó (todo era común, los secretos estaban abolidos) que el obrero llegó de manera azarosa hasta el pequeño almacén desde la construcción donde trabajaba. La parte de la ciudad que limitaba con la cuadra no cesaba de elevar la altura y, aunque sus edificios eran una mera copia de planos conocidos, buscaban agudizar la singularidad de sus diseños porque querían exaltar el prestigio que, según ellos, requería el habitar. El obrero de la construcción apoyó los brazos sobre el mesón aguardando por atención, tosió vagamente y la cuadra aventuró que él posiblemente estaba allí porque quería comprar azúcar para el café y entonces, mientras esperaba, miró a Alicia, la hija, que esperaba, igual que él, la aparición de la vecina propietaria del almacén, que, como siempre, estaba en algún lugar de la casa librando a sus compradores a la impaciencia. Mientras la dueña aparecía, ellos la oían discutir con uno de sus hijos sin la menor consideración por sus clientes, Alicia y el obrero. En esos momentos, éste miró a Alicia, la hija. Al observarla de manera tan insistente, reveló una indisimulada y reconocible atracción por su rostro y la densidad de su cuerpo, y se entregó de inmediato a la conmoción visual que ella le causó en el centro de su organismo. Cruzaron, de una manera casual o distante, un conjunto de palabras

comunes mientras esperaban que la encargada los atendiera. Seguramente después salieron juntos del almacén y se separaron en la esquina, con una corrección impostada; lo hicieron en medio de sonrisas aunque traspasados por la estela de una evidente nostalgia.

El obrero necesitaba la compañía y el cuerpo de una mujer. Por eso decidió volver al lugar para encontrarse con Alicia. Entendió que ella era idéntica a un extraordinario sueño antiguo que había tenido. Provisto de su paciencia obrera, la esperaría en la misma esquina hasta que ella volviera a realizar sus compras y, cuando lo hizo, cuestión que él sabía que sucedería, la detuvo para hablarle de manera franca, aunque afectuosa, de sus intenciones. Ella lo escuchó con un irónico interés y no pudo evitar sonreír y asentir con la cabeza. Él se abstuvo de presionarla o alarmarla; más bien se dedicó a buscar en su mirada los signos de un entendimiento. Alicia supo que se había producido entre ellos un encuentro personal que no podía rehuir porque ya estaba escrito en un libro antiguo o era el resultado de una apuesta durante un reñido juego de naipes entre dos divinidades. Segura de sí misma, se predispuso a un tipo de infidelidad ligera, necesaria, constante. Alegre.

El obrero de la construcción y Alicia iniciaron una relación íntima sin contratiempos. Su marido (un hombre que trabajaba como empapelador) era una persona que no sospechaba de nada ni de nadie, como no fuera de la posibilidad de una falla que dañara su labor con los materiales. Se sentía severamente amenazado por la probabilidad de que el papel estuviera cruzado por una estría producto de una mala impresión técnica. O temía encontrar una rasgadura solapada en la línea infinita de pliegos de papel mural que pegaba en las numerosas paredes que le designaban en su trabajo diario. Él cuidaba con prolijidad los rollos de papel; los sostenía fielmente delante de los ojos y, de esa manera, protegía la continuidad de su trabajo, ya que era el único (y el último) habitante de la cuadra que contaba con un contrato. Éste lo diferenciaba del resto de los vecinos, pues cada uno de los trabajadores de la cuadra, en tiempos simétricos, había incrementado las listas de despidos y era el blanco de persecuciones territoriales en medio de una atmósfera abiertamente amenazante. Ahora toda la cuadra hacía sobresaltados trabajos informales, diversos, ocasionales, móviles. Infralaborales.

El marido de Alicia, la hija, atesoraba la existencia del papel que contenía el contrato que lo certificaba y lo hacía sentir tan poderoso como si fuera un sultán. Después del horario que le habían impuesto, siempre regresaba, con una larga bolsa, a la cuadra y entraba a su casa, la 3, con los rollos de papel perfectamente acomodados, los cuales sobresalían desde el interior del grueso género. Pese a la insuficiencia de su paga, volvía, aparentemente tranquilo, tras cumplir una jornada más, unas horas que parecían inamovibles. Cuando abría la puerta, entraba y, como si se hubiera convertido en la huella, ya muy diluida, o una sombra de sí, miraba al niño, saludaba a su esposa, Alicia, y a su suegra, Alicia. Luego se sentaba en la silla y entonces se sumergía en la nada.

Las ausencias de Alicia, entregada a sus encuentros con el obrero, estaban constantemente justificadas por su madre, Alicia. Ella era la encargada de corroborar o de crear motivos urgentes e inesperados, o de no decir nada definido. Sí, ella salió. No, no sé dónde está; me parece que dijo que fue a la esquina a comprar leche o está donde una vecina, quizás tenían que conversar algún asunto. Yo estaba con el niño; me dijo dónde iba, pero no me acuerdo. No sé, pregúntale a ella cuando vuelva, le decía a su yerno, el empapelador. La madre estaba convencida de que su protección y el apoyo que

le otorgaba a Alicia, su hija, eran necesarios. Pensaba que el marido, su yerno, era un hombre taciturno, raro, sin un ápice de imaginación, una persona que hablaba con una neutralidad exasperante y que se reía sin la menor alegría. La madre de Alicia estaba convencida de que el empapelador no encajaba realmente en la cuadra; les decía a las vecinas que carecía de ímpetu, que lo consideraba un rollo de papel más. Eso pensaba. Éste es un simple rollo de papel, se decía a sí misma.

Alicia, la hija, ingresó con el obrero de la construcción a un tiempo tumultuoso y pleno de ejercicios, movimientos, ensayos, en el que sus cuerpos se solazaban traspasados por una humedad prolongada. Se volcaron a ellos mismos en la pieza que les facilitaba un amigo obrero del amante obrero, una pieza que estaba en un lugar lejano y estrepitoso, un espacio en proceso de abandono, en una parte desconocida de una ciudad que le resultaba ajena, un sitio invadido por las demoliciones para favorecer el prestigio territorial que impulsaba la Compañía que controlaba cada uno de los espacios. Sus encuentros se perfeccionaron cuando se produjo entre ellos cierta estabilidad genital garantizada por las experiencias corporales que habían adquirido. Lo hicieron después de la multitud de posiciones, ensayos y hasta desencuentros a los que se abandonaron.

Cuando transcurrió aquel primer año experimental de los cuerpos, él inició una relación formal con una mujer que conoció a través de un primo, obrero de la construcción como él. El ingreso de la mujer en sus vidas no obstaculizó el curso de la relación; más bien se intensificó con la llegada de la que sería su acompañante permanente. Alicia se sintió aliviada cuando el obrero de la construcción le comunicó su decisión. Ella consideraba que su amante tenía que garantizar un curso estable para sus días y le resultó fundamental que él contara con la compañía de una mujer que lo asistiera dada la frecuencia de los ataques de la tos alérgica que le provocaba el cemento.

La cuadra comentaba que era un alivio para todos la continuidad del obrero en la vida de Alicia, la hija. Lo pensaban así porque las paredes no cesaban de encogerse, el tiempo se ensañaba en contra de la única ventana, los días se acumulaban fatalmente. Los vecinos sentían al unísono que se precipitaba el plazo para que se materializara la deportación, mientras que las casas se sumergían aún más en una condición abiertamente terminal. Cuando se desencadenó el pánico general ante la certeza de un daño masivo, la cuadra acordó, enérgicamente, que era imperativo hablar con Alicia. Convinieron en que en ella descansaba un átomo de esperanza para la salvación de la cuadra. La instaron o, más bien, la presionaron para que consiguiera la ayuda especializada del obrero de la construcción. Tu amigo, le dijeron con un tono protector y cuidadoso. Ella lo hizo. Sí, le voy a decir ahora mismo, les contestó.

Cuando Alicia, la hija, le pidió que revisara, él aceptó de inmediato. Un favor para la cuadra; ya no podemos más, estamos desesperados, le dijo. Él le avisó a su capataz que estaba enfermo, que llegaría más tarde, que le dolía la garganta, pero que estaba

tomando un jarabe, que iría de todas maneras, más tarde, le repitió y añadió que se aliviaría en cuestión de horas. Después de la llamada acudió, pleno de ímpetu laboral, a asistir a la cuadra y se mostró amable, sonriente y seguro de sí mismo. Transportó su propia escalera, revisó toda la línea de casas. Con su huincha deslumbrante, autónoma, asombró a los vecinos. Se puso un casco negro, brillante, muy sólido, ajustó sus notables y desmesurados lentes de trabajo, operó una máquina soldadora, revisó el interior de las viviendas, casa por casa, con su huincha electrónica para medir el desastre de las paredes. Se detuvo en los profundos desniveles del piso, lo hizo de manera diligente por Alicia, su amante, para que la cuadra valorara la relación entre ellos y supiera que él era un hombre que entendía y solucionaba los dilemas que experimentaban las construcciones.

El amante, que era veloz, preciso, consiguió enderezar vagamente las ventanas, pasó las manos sobre las paredes, dimensionó la profundidad de las grietas e implantó un milímetro de esperanza cuando finalmente afirmó, como experto, que con toda seguridad pasarían la noche, pues, pese a que las estructuras ya estaban afectadas, las casas resistirían unas horas. Yo creo que pueden incluso resistir días, les dijo, sí, días enteros. Les informó, con la certeza que le otorgaba la prolijidad de su inspección, que la cuadra podía dormir tranquila. Aquella noche.

La joven vocera le agradeció al obrero de la construcción, el amante de Alicia, pero le comunicó que el tiempo se terminaba, que la Compañía ya había decidido que la cuadra sería deportada, que los días estaban por vencer y las tropas ya estaban preparadas. Dijo que la separación era inevitable, que Alicia desaparecería para siempre de su vida, que la cuadra estaba condenada a la inexistencia, que a ellos los deportarían a un sitio imposible de delimitar. Nos van a tirar a un eriazo, le dije.

La joven de la cuadra dice que Alicia, la hija, amante del obrero de la construcción y Alicia, la madre, se excusaron, amables, domésticas. No, no podían cuidar de su padre ni aquella noche ni la próxima, nunca. Tenemos comprometidas las horas que nos quedan para programar lo que resta de futuro, dijeron. Necesitaban ocupar cada instante de sus vidas para la extensión de una posible sobrevivencia conforme a los detalles que les proporcionaba el acuerdo entre los vecinos. La cuadra ya sabía de la dimensión del asedio que se avecinaba. Decían que era un embate de tal magnitud que en unos días era posible que desapareciera todo lo que tenían (las dos camas, la colcha, la mesa, una lámpara, la cocina, las sillas, los ganchos para colgar la ropa), sí, iban a perder sus enseres, debido a la orden de que la cuadra se esfumara. Le dijeron que ellas debían dormir ya que estaban permanentemente cansadas por el sopor tóxico que invadía las casas, pero le insistieron en que buscara, que preguntara vivienda por vivienda, en todas, hasta llegar a una vecina que supiera, que entendiera, que realmente se dedicara a esa tarea comprometedora, mucho, como lo era cuidar a un hombre enfermo, a una persona que estaba traspasada por constantes presagios, frases, visiones dislocadas, amenazas que provocaban terror y aumentaban el peligro. Se lo dijeron sin resentimiento, en un tono bajo, como un murmullo. Pero también Alicia, la hija, dijo que se imaginaba pasar la noche con un enfermo como él, que requería una pequeña especialización para moverlo o sentarlo, y, lo más difícil, alimentarlo. Dijeron que ellas habían oído asegurar, no recordaban a quién, que la comida era la peor tarea, la más agotadora y la más ingrata, que los enfermos se ensañaban, caían en estados de una agitación insoportable en contra de la comida, vomitaban o escupían o gritaban o apretaban los labios con una fuerza metálica impenetrable.

Ellas no sabían o no podían atender a un enfermo agresivo como él, que padecía un estado crónico y, además, habían decidido atesorar sus escasas energías para otras materias, otras, otras, pensar, comer, vestir al niño, mirar por la (única) ventana, prepararse para lo que venía. Viene lo que viene, tú lo sabes. Ya guardamos la ropa del niño, ¿qué pasará con todos nosotros?, le preguntaron. La joven comenta que las comprendió y en cierto modo pensó que lo que decían era razonable. Sentía una cuota de injusticia en su contra y no pudo evitar la desesperación que le provocó la negativa. A

pesar de sus sentimientos, se despidió con cortesía aunque segura de que la impaciencia que le causaron daría lugar a una despedida antivecinal, al borde del dramatismo que auguraba un probable quiebre. Una despedida que iba a profundizar la acelerada resonancia asmática que se dispersaba por las veredas, pero sabía también, como vocera de la cuadra, que no podía enemistarse, que su cargo le impedía toda represalia.

La joven vocera estaba convencida de que la decisión destructiva que se había dictaminado en contra de la cuadra era lo que tenía a su padre cercano a la agonía, plagado de dolores, atravesado por diversas alucinaciones, muchas de ellas abiertamente míticas, rodeadas de rasgos épicos y leyendas fundacionales. Su padre, en medio de sus constantes delirios, relataba situaciones asombrosas que estaban ocurriendo más allá de la cuadra. En todas partes de los mundos que no conocemos, decía, la Compañía ya está alineada y se producirán sucesos asombrosos que cambiarán el contenido de la tierra; se abolirán los ruidos y la constante tecnología de este presente desaparecerá en una ráfaga de olvido. El silencio cibernético será maravilloso e intolerable. La joven vocera conocía bien a su padre. Sabía que él producía (con maestría) imágenes cruzadas por argumentos seudocientíficos para explicar el origen y, con especial énfasis, las aristas en las que se sostenía el poder omnímodo de la Compañía y la exactitud que exigían respecto a las metas, los objetivos, los planes en los que se enfrascaban. Esta vez es nuestra cuadra. Necesitan el pedacito de tierra que tenemos. Nos acusan, nos degradan, nos humillan, pero no van a parar, no lo harán, cómo no lo voy a saber yo. Su padre repetía de manera incesante palabras, frases, discursos y sentencias inconclusas que contrastaban con su cuerpo rígido, demasiado reducido y a ratos espasmódico por la virulencia de sus síntomas. En algunos de sus espacios de lucidez decía: tenemos que prepararnos, aprender; tenemos que combatir. Pero de inmediato agregaba: no podemos, no; estamos perdidos, derrotados. Murmuraba que la Compañía estaba decidida a borrar, mediante una súbita deportación, el pasado de la cuadra, su origen. Su padre imitaba la voz del director de la Compañía y decía: qué se imaginan, esa gente tiene que volver al río desde donde los sacaron, al río donde pertenecen estos seres ínfimos. Con un tono depresivo, vencido por sus propias certezas, afirmaba: tendremos que rendirnos y dejar de resistir. Decía: somos la última o la única cuadra que permanece en estado de alerta. Hablaba de hordas fascistas que avanzaban por los desiertos y aseguraba que otros grupos estaban reunidos en espacios controlados por un tipo nuevo de fibra óptica. La joven vocera afirmaba que, después de que cesaran sus extensas alucinaciones, a las que ella terminó por acostumbrarse y entender que eran necesarias para que obtuviera un hilo de bienestar, su padre se desvanecía a medio camino entre el sopor y el sueño.

La joven vocera tiene la virtud (y la obligación) de dejar atrás los agravios hasta que desaparecen de su memoria. Olvida. Pronto desechó su disgusto frente a la negativa de las mujeres de encargarse unas horas de su padre. Asegura que las vecinas de la cuadra comprenden a Alicia, entienden a la madre. Alaban al obrero. Todos tienen la misma certeza respecto de la historia de la cuadra. Saben que Alicia, la madre, como su hija, le fue infiel a su marido con un ayudante de electricista, aunque ellas no consideran que fuera una infidelidad. ¿Infiel ella? Eso sí que no; no fue nada serio, dice la vecina de la casa 13, que es la encargada de realizar los recuentos de cada una de las vidas. Se trataba más bien de una merecida distracción, dice.

No existen antecedentes confiables de cómo se conocieron Alicia, la madre, y el electricista, ni se sabe bajo qué acuerdos iniciaron una relación que, aseguran, se extendió a lo largo de dos años, un tiempo en el que arreciaron, según las vecinas, rachas de zozobra y hasta de distancia entre ellos. La cuadra vigiló cada una de las salidas de la madre y, con una sabiduría histórica, las vecinas la impulsaron a la cautela para evitar que experimentara la menor zozobra. Las vecinas conocían muy bien el arte de sortear los mandatos que les imponía la suma monótona de tareas asignadas a sus propias vidas.

Éstas apoyaron a la madre de Alicia porque entendían que así, mediante sus citas con el ayudante de electricista, ella podía emerger y resarcirse de una manera natural ante una cantidad no menor de tensiones que se le acumulaban en el cuello, cada vez más rígido, pese a la plenitud de sus años. Además, ella también se quejaba de un constante dolor en la espalda. Los problemas se multiplicaron para Alicia, la madre, debido a la tarea gigantesca que fue conseguir una casa en la cuadra en que habitaban. Pero el ayudante de electricista, después de dos años, salió de manera precipitada de la serena conversación de las vecinas y generó una leyenda adversa cuando comprobaron que era un empleado infiltrado de una empresa asociada a la gran Compañía. Era una compañía importante y codiciosa que buscaba reemplazar la corriente e impulsar cortes de luz consecutivos para atacar la cotidianidad de los habitantes de la cuadra. Un infiltrado, sí, de esa firma asociada a la Compañía que ya había destruido hasta la extinción el prestigio social de los vecinos. En el curso de una de las reuniones, uno de los dirigentes, el más sereno, que se definía a sí mismo como padre de familia, dijo: nos sacarán de aquí

porque no pertenecemos; dicen que emporcamos el suelo, que no podemos habitar nuestra propia cuadra. Y el vecino de la casa 7 añadió: ya sabemos que el infiltrado de la Compañía midió los pasos, denunció las conversaciones, grabó los suspiros. Esto fue lo que dijeron en una de las reuniones en las que debatían las debilidades y fortalezas con las que contaban para resistir.

Las vecinas se agruparon solidarias y escandalizadas al enterarse de que el amante infiltrado había aireado detalles que comprometían físicamente a la madre de Alicia, unas calumnias acerca de los pormenores de su cuerpo que circularon por la cuadra con la velocidad destructiva que adquieren las infamias. El ayudante de electricista carecía de pudor y del menor respeto y consideración por Alicia, la madre, y todas las vecinas se volcaron al unísono a despreciarlo. Comentaron que la mujer fue víctima de un ultraje debido a las descripciones que él emitió en un tono sarcástico a cada uno de los hombres del vecindario y también en todos los lugares de trabajo a los que accedía y que todavía era posible encontrar en ese tiempo. Más adelante, la vecina de la casa 12 aseguró haber oído que el ayudante murió electrocutado, pero su vecina próxima, la de la casa 11, dijo que una intervención del efrit que movilizó el marido de Alicia, la madre, fue lo que causó el excesivo voltaje de electricidad, un golpe de corriente que se precipitó para que el ayudante de electricista explotara. Y dijo: sí, explotó y lo hizo como un neumático o una olla a presión descompuesta.

Las vecinas también cuentan, con un tono conmocionado, que el ayudante de electricista se convirtió en una polilla de luz y vivió veinticuatro horas aleteando con una furia que no se correspondía con la débil estructura eléctrica que atravesaba los espacios. Pero la joven vocera, con una completa seguridad, dice que la muerte del ayudante electrocutado, el amante de Alicia, la madre, es un mito geológico, el resultado de las mañanas heladas y las noches calurosas; asegura que las historias circulan de manera planificada ante la angustia de la cuadra, aislada, en parte, por el CEO de una transnacional eléctrica. Un número minoritario de vecinos comenta lo mismo, que la leyenda es una simple estrategia, una planificación fría y deliberada, o el advenimiento de una conspiración para degradar a las madres y a las hijas de la cuadra al ponerlas en relación con personajes abominables. Es seguro, dice el hombre de la casa 6, que el ayudante fue un espejismo, un pequeño mito cuadril. Pero los vecinos, aunque lo nieguen, pues les parece necesario, saben que el ayudante de electricista fue un traidor y mancilló a Alicia, la madre, y les parece completamente merecido su fin como polilla suicida.

Aseguran que Alicia, la madre, tomó ocasionalmente esa ruta porque le parecía necesario para optimizar su vida, pero que ninguna de sus salidas, siempre fugaces, alteró su existencia. Las opiniones están divididas. El ayudante de electricista y su horrible conducta todavía permanecen en la historia oral de ese tiempo. La esposa de uno de los vecinos, el de la casa 6, dice que la madre vivió una existencia amarga y

temerosa por las habladurías que propagó el ayudante de electricista sobre los detalles de su cuerpo. Dice que el marido de Alicia (que ya murió hace un año) la obligaba a desvestirse a oscuras y, más adelante, le impuso la obligación de acostarse con la ropa puesta. Las vecinas dicen que el marido de Alicia, a lo largo de su enfermedad, se fue convirtiendo progresivamente en un gusano tan delgado que parecía que se arrastraba por la cuadra. Dicen que, cuando murió, Alicia, la madre, ni siquiera se molestó en aparentar una milésima de pena.

La joven vocera dice que Alicia, la hija, conoce a su madre, la entiende y sabe muy bien los detalles que rodean al maligno ayudante de electricista. Quiere y compadece a su madre. Qué te importa esa polilla, le dijo, nada. Lo que la altera es el ruido estéreo de las construcciones que se programan cerca de la cuadra (pese a lo indeterminado de su localización) porque mueve los cimientos, pero reconoce que ese ruido feroz, sumado al constante retumbar de las pesadas maquinarias de los trabajos, le permite sobrepasar el estruendo aterrador que emana del miedo acumulado en su cerebro. Gracias a la interminable construcción de los nuevos mandatos de la ciudad, soporta la persistente estridencia de una alarma constante. La vocera dice que Alicia, la hija, piensa que la cuadra todavía tiene una oportunidad.

Las vecinas de la cuadra, al unísono, afirman que Alicia, la hija, nunca cederá en su crónico ímpetu sexual porque se encuentra en un estado que la recorre como la incesante picazón de la sarna. La vocera dice que los hombres de la cuadra sostienen que el obrero ya está exhausto y, de pie en lo alto de la construcción, semeja una lagartija muy verde. La joven vocera asevera que en el curso de una reunión dijeron que el marido de Alicia, la hija, el prolijo empapelador, ladra y ladra en las noches presa de una ira nueva, incontrolable. Afirmaron que el can ya había afilado sus colmillos. Dijeron que el obrero perdería su pierna derecha y moriría de cesantía.

*

Comprendo que la cuadra está traspasada por una respiración sencilla que presagia el advenimiento de una tragedia inminente. Todas las casas están afectadas por la emanación progresiva del plástico, que lanza unas finas y casi imperceptibles astillas que se clavan en cada uno de los órganos. La cuadra se queja con una intensidad rítmica aunque no convulsiva. Se enferma de espera. Los vecinos están recluidos en sus casas porque deben fortalecerse tras el aviso anónimo (y urgente) que recibieron. Yo quisiera cantar, graznar, maullar, aullar por ellos con la máxima potencia posible para esgrimir la multiplicidad de sonidos alojados en mi espectro, pero la huella del efrit me obligó al ojo. Un ojo fijo, desmesurado, transelectrónico.

Diviso la cuadra entera, desde lo alto, justo cuando sé que se precipita un peligroso tipo de jadeo, tan letal como si el filo de una espada mozárabe amenazara los cimientos. Les exijo a mis ojos, de manera infatigable, un signo o una señal o un rayo de una nueva luz ultravioleta que le permita a la cuadra sobrevivir una noche más. Nada detiene la privación territorial que los asola. La realidad orgánica de los habitantes se mueve de un lado a otro en un baile poco pudoroso. La cuadra implora para que se produzca algo, algo, algo, dicen, que frene y los impulse a la vida. Las noticias ya han perdido su perfil; se confunden los gobernantes, los conflictos, las guerras, la ubicación exacta de los territorios. Necesito relatar otra noche para sostener la cuadra, que trastabilla a punto de caer. Mis ojos anaranjados escriben sobre un tablero descomunal. Arcaico.

Mi cerebro pájaro late.

Mis patas están a la defensiva.

Sé que lograré otro amanecer.

Esta noche, la Compañía experimentará una derrota parcial.

Mi cabeza búha emprende un movimiento circular inimaginable.

Inédito.

Eduardo es reconocido en la cuadra por ser uno de los habitantes necesarios a pesar de sus aristas singulares. Sí, es distinto, pero ¿quién no lo es?, decía la vecina de la casa 8. ¿Acaso no somos todos raros y normales, fallados y normales? Esa vecina, la de la casa 8, era apreciada por su amplia capacidad de dirimir y desterrar los temores de los cerebros. Los vecinos, en algunas ocasiones, oían divagar a Eduardo de manera incomprensible cuando intentaba compartir con ellos sus imágenes luminosas, emitidas con una velocidad que les resultaba extenuante. Él se recubría de pensamientos prolíferos y a menudo ininteligibles, pero los vecinos lo aceptaban con una mezcla de serenidad e indiferencia porque ellos, cada uno, sin excepción, ya experimentaban el tiempo únicamente como un tenso compás de espera.

Eduardo se sentía prisionero por la constante (agobiante) presencia de su biología y, para evadir su ser orgánico, se entregaba de manera frecuente a una profunda introspección inmaterial que lo enfrentaba al conocido dilema de lo que consideraba una relación confusa y siempre mutante con el espacio. Él pensaba que se había constituido un engaño cuántico mediante el cual se quería controlar y abolir la legitimidad de la cuadra y, ante la deportación, les decía a los vecinos que sabía a la perfección lo que pasaba. Lo que ocurre, les decía, es que el tiempo juega con el tiempo, pero todo radica en el espacio; es simple, concreto, ¿entienden?

Sí, así era Eduardo, el intermitente camillero de enfermería; más adelante, breve vendedor; después, nada. Un habitante extremo, conmocionado, decía el vecino de la casa 19, pero imprescindible, porque comparte con nosotros cada uno de los mandatos de la organización de la cuadra. Lo apreciamos, lo necesitamos, forma parte de nosotros igual que el plástico que cubre las ventanas, dijo el vecino.

Eduardo se había entregado a un conjunto de pensamientos fugaces, antiguos, atrapado en unos rituales que él denominaba *filosóficos* y que le resultaban necesarios para evadir la simpleza y la cifra de lo que consideraba la inconsistencia de su vida. Una vida impropia, irrelevante, sí, esta insignificante realidad que me cayó encima y por eso tengo un constante dolor de cabeza, pero me pongo una rodaja de papa en la sien y se me pasa, les decía. Él se abocaba a generar constantes escenas mentales que le permitieran soportar o casi soportar la vigilancia incesante de la Compañía a la cuadra.

Se había propuesto la tarea de evitar que los vecinos pensaran de manera maníaca en cómo enfrentar la catástrofe de los materiales de las casas que ya resultaban imposibles de reparar. Decía que la cuadra se venía abajo y que él sería una de las primeras víctimas. ¿A quién creen que van a agarrar primero?, a mí, pues, quizás dónde voy a ir a parar.

Él, Eduardo, vivía con su tía en la casa 15, junto con su esposa, María, dos años menor. Le decía a su tía (la hermana de su madre muerta) que ella, su esposa, entendía y, más aún, compartía los arduos pliegues en los que se debatía su mente porque conocía a la perfección el fantasma o la fantasía de una dispersión que lo atacaba y lo empujaba al borde de una desconexión permanente consigo mismo (él era afectado) y su esposa, según le decía a su tía, era el arma que había encontrado para sobrevivir. Sí, tía, usted sabe que ella es ella, mi arma de defensa contra lo que irremediablemente va a pasar. Ni se imagina lo que sucederá. Como usted se la pasa sentada, no se da cuenta, le decía. Afirmaba delante de los vecinos, que lo escuchaban con una paciencia distraída en el curso de las reuniones, que él, pese a que no era un vidente, sabía y entendía que había que arrojar las esperanzas de la cuadra al estrecho canal que recogía los desechos.

Se sentía, algunos de sus días, presa de pulsiones asiáticas que le atravesaban el cerebro con las filosas hojas de unas enormes espadas de guerra plenas de sabiduría. Eduardo deseaba haber nacido en una ciudad tecnológica, perfectamente administrada y volcada a una planificación interminable para alcanzar un poder global y derribar a la Compañía. Pero se había resignado a la casa que los redimió de la ribera del río de donde provenía toda su familia y la extensa familia anterior de la familia. Sabía que la cuadra ocupaba ya un lugar sin nombre ni fecha en el mapa de la ciudad; era consciente de que el fin de la cuadra era inevitable: los deportarían, pero comprendía que era totalmente incapaz de revertir la situación o de construir una posición vital que contuviera todas las posibilidades que le ofrecía el tiempo o, al menos, le propusiera una o dos alternativas para reivindicar la cuadra, salvarla del fin, una o dos, no la multiplicidad caótica que debía reprimir para coincidir con la múltiple tarea de detener el desastre que se avecinaba. Él, Eduardo, afirmaba que sería uno de los primeros elegidos porque conocía la trama que los iba a derribar como vecinos. Así les decía a los dirigentes: ellos ya nos vendieron, se unieron, acordaron. Somos nada. Ya me aburrí de pensar, de intentar demostrar que estamos vivos, que experimentamos, igual que ellos, la fugacidad de la vida. Me aburrí de todo, les decía.

Le dijo a su esposa, María (aunque ellos en realidad nunca se habían casado, pero él decía *mi esposa*), que estaba impregnado por un impulso ético que quería implantar en la cuadra para conseguir que la falta de rostros, de cuerpos, de colores y de estatura que los afectaba no se propagara y no los expulsaran a las periferias de la ciudad como a los antiguos leprosos. Le dijo a María que había que considerar la falta de sal y que lo único posible era pensar en la hipótesis que iba a consolidar su teoría. ¿Qué hipótesis?, le

preguntó ella. Una hipótesis, una línea perfecta plagada de enigmas que esconden un tesoro resguardado en una lámpara que podría salvarnos, derrotarlos a ellos, a la Compañía, pero tú no entiendes parte de esa historia, le dijo. No te das cuenta de que la cuadra está debatiendo un conjunto de equívocos. ¿Qué equívocos?, ¿cuáles?, le preguntó María. No entiendes, no sabes nada del poder de la noche, le repitió. No entiendes nada, pero no es culpa tuya, porque tú eres una más de las que ignoran la historia milenaria de la Compañía, su alianza con los Consorcios y la voracidad de las Corporaciones. Tú eres sólo una más en el mundo, una más. Los vecinos de la cuadra son neutros y opacos, y únicamente se resguardan en una parte de la historia. Hay que atravesar las fronteras, ser mágicos, urdir los tejidos de las noches. Y le repitió a María, su esposa, dos años menor: no entiendes. Se lo dijo con un tono que ella consideró abiertamente ofensivo. María lo conocía bien y sabía que algunas de sus palabras lo calmaban y le permitían ordenar parcialmente sus pensamientos. Por eso le contestó, con una mezcla de prisa e indiferencia: ándate a la mierda, muérete. María era experta en frases exactas, eficaces.

Eduardo estaba preocupado por salvar sus horas porque le resultaban planas. Se sentía encerrado en la cuadra como un prisionero medieval en una mazmorra y se precipitaba a usar su tiempo leyendo cuando conseguía, de manera heroica, una suma de dinero, menos que básica, para comprar una revista de puzles. Necesitaba probarse a sí mismo que era un recurso del futuro para sumergirse en las palabras con la esperanza de alcanzar el huidizo presente que se había alejado de la cuadra porque los vecinos habitaban un tiempo mítico, decía, pero pleno de una actualidad que ya estaba diseñada.

Eduardo sabía que ellos formaban parte de una repetición plagada de destinos consignados de antemano y que esa repetición recaía en todos los vecinos, escritos en un libro feroz e inamovible. Creía que había que descartar los prejuicios de lo unívoco y por eso dedicaba sus días a imaginar un nuevo presente, para evitarle así una repetición más a la cuadra. Pensaba que la primera tarea era crear una organización barrial que pudiera multiplicarse para dejar atrás el anacronismo y para que los vecinos, intoxicados por los materiales, olvidaran parte de sus respiraciones y se abocaran a sobrevivir en medio de una oxigenada tecnología progresiva. Él ensoñaba con una cuadra moderna, abstracta, para así evitar el tétrico realismo que les imponía la Compañía a las Corporaciones, atadas por históricas alianzas que se nutrían del despojo, porque consideraba la cuadra idéntica a la invasión de los bárbaros. Quería iniciar una intervención inesperada y eficaz que posibilitara la perpetuidad de la cuadra, ya demasiado asolada por una realidad ripiosa, enfermiza. Habían demolido todos los alrededores, no tenían sal y una soledad infecciosa en constante expansión les afectaba dolorosamente las costillas.

Eduardo conservaba una fidelidad inquebrantable a dos revistas discontinuadas que le permitían una distracción patética aunque heroica. Decía que su esposa, María, dos años menor, más allá del cansancio que le provocaba lo que ella denominaba como una ligereza adictiva a los pronósticos y a las leyendas, escuchaba sus planes. Ella, a la que llamaba *esposa*, María, sabía que él buscaba coincidir con los requerimientos del mundo y se permitía debatir con él acerca de la pertinencia o de la eficacia en sus decisiones, porque de esa manera se iba consolidando como oyente y consejera.

María aspiraba a ser la segunda vocera de la cuadra. Sentía que se lo merecía, pues había conseguido extremar sus dotes y recubrirse de una paciencia parca, puesta a

prueba cada día de su vida con Eduardo. Pero él pensaba que María no lo iba a conseguir, ya que no era capaz de proyectar una forma de vida alternativa; más bien se esmeraba por llevar una existencia común, sin alteraciones, en cierto modo alejada de las noticias de la cuadra que le resultaban conocidas, siempre ancladas al mismo y recurrente ciclo, fundado en una resistencia irreal, que circulaba de casa en casa, meras palabras, ruidos que hacían imposible detener la furibunda y creciente codicia de la Compañía.

Él se cuidaba de no incomodarla y menos aún herirla cuando ella manifestaba sus verdaderos deseos. Nunca cometería el error de decirle que jamás iba a ser la segunda vocera. Él pensaba que sería imposible, pero que no valía la pena anticipar la respuesta negativa de los vecinos. María le parecía tan sencilla que bordeaba lo común o, mejor dicho, la mayor parte del tiempo le resultaba totalmente trivial. Por eso, para cuidar a sus vecinos, Eduardo ya le había comentado a los habitantes de la cuadra, mientras tomaban cerveza, que ella carecía de los más básicos atributos dirigentes, que nombrarla segunda vocera sería un error, una maniobra destructiva para la totalidad de los habitantes. Les decía que María no valía la pena. Eso les decía.

Eduardo no se atrevía a despreciarla, pero nunca quiso clarificarle, en el curso de sus conversaciones, a qué actualidad aspiraba y muchas veces él se preguntaba qué tenían en común o por qué compartían la pieza o qué absurda convención les permitía saludarse cada mañana. Él le decía que no quería herirla. Se lo repetía ante la insistencia de su esposa, que pedía una definición frente a lo que ella consideraba un salto al vacío. Él le decía (una y otra vez) que ella sólo habitaba un caótico y estúpido mapa de pronósticos; en cambio, él estaba habitado por deseos demasiado complejos y pretendía traspasar el mito asiático hacia los territorios de Occidente. A la cuadra, asiáticos, ¿entiendes?, le dijo.

Eduardo le ocultaba parte de sus teorías para llevar adelante la resistencia porque sabía que ella jamás lo podría entender. No estaba preparada, pues su única obsesión radicaba en una intensa vocación de detenerse en las noticias macabras que provenían de los comentarios vecinales. Era una constante, un juego, una tontería más en la que María gastaba o desgastaba su tiempo. Ella y su tía aseguraban que el mundo se abastecía de la destrucción y de la matanza generalizada promovida por la Compañía y que la cuadra tenía que protegerse y conservar un conveniente funcionamiento social de baja intensidad. Eduardo, aunque no compartía su visión, estimulaba su cautela porque ella irradiaba una normalidad vecinal que la volvía medianamente necesaria. Según Eduardo, María, su esposa, dos años menor, era lo que era, y él tenía que aceptarla y convivir.

Eduardo sabía que su esposa, pese a que estaba traspasada por una serie de limitaciones, se había escudado en una máscara o en un maquillaje sencillo, y allí escondía su relación más incómoda con cada suceso que rodeaba a la cuadra. Cuando supo con extrema certeza que no sería la segunda vocera, él percibió que ella dejó de fingir que tenía un nexo con el mundo que habitaban y emergió su real estado emocional cuando le dijo que no, no le iba a escuchar ninguna de sus afirmaciones estúpidas. De tus pensamientos pretenciosos y chalados y no pienso hablarte más, le dijo. Se lo dijo con un tono que le resultó desconocido y de inmediato se desencadenaron en ella conductas impredecibles. Primero selló sus piernas y dijo: no te acerques nunca más, ni te atrevas. Después le dio la espalda y se entregó, con los ojos muy abiertos, a los pormenores de sus pensamientos.

En esos días, la vida se precipitó para él cuando supo la realidad de su estado. María estaba enferma. No enferma, estoy muy enferma, le dijo ella de manera intempestiva, y se recluyó en la pieza para no abandonar la cama que compartían. Lo hizo sabiendo que él conocía los signos de la fiebre, del cansancio, del dolor general en las articulaciones, de la geometría incómoda de la columna. Intimidado, él se limitaba a rondarla, a ofrecerle agua, a proponerle un calmante, a controlar el impulso de abandonarla con la certeza de que no podía hacerlo debido a la obligación que él se imponía de refugiarse, parte importante del tiempo, con ella en el cuarto para acompañarla.

Eduardo conocía bien la tarea de acumular una cantidad no menor de analgésicos para los múltiples dolores humanos y ella los consumía sin mirarlo, sin agradecerle la constancia ni menos aún el esfuerzo. Él le insistió, de un modo autoritario y hasta cierto punto indebido, en que ella estaba obligada a darle una descripción, o al menos a hacer una proyección de lo que vendría con una enfermedad de síntomas tan vagos que parecían nubes imprecisas flotando sobre el techo de las casas dibujadas por un niño. Cuando él le pedía una detallada definición orgánica, explica lo que te pasa, ¿qué sientes?, o ¿te haces la enferma?, le preguntaba, ella se negaba a darle una descripción ni siquiera aproximada de los malestares; sólo le decía, como siempre, con un tono de voz plano, neutro, carente de énfasis: ándate a la chucha, a la recontrachucha, ¿entendís?

La irritación y la ira subterráneas de Eduardo estaban detonadas por el peso que le

imponía el vínculo de la convivencia a la que debía someterse porque sí, porque tenía que hacerlo, a causa de un compromiso absurdo que apelaba a una discutible eternidad entre los dos que él sabía que nunca se consolidaría. Cuando la realidad se desencadenara, él sería el primer elegido para el exterminio después de la deportación de la cuadra. Su destino estaba sellado. Así lo pensaba con una certeza apabullante. Sentía que había sobrepasado las capacidades de un simple vecino; sabía que lo que estaba en juego era el límite territorial y por eso la cuadra debía ser eliminada. Eduardo sentía que la situación era irreversible. Y lo único que debía hacer era atender a su esposa, María.

Ella rechazaba parte importante de la comida que él mismo tenía que preparar. No quiero comer, no tengo hambre. Llévate el plato, le decía. Se lo decía de manera premeditadamente brusca para despreciar y despreciarlo. Advirtió, con una claridad propia de un calendario digital, que ella se internaba en el proceso de castigarlos a él y a la cuadra exaltando una enfermedad incierta. Lo hacía lenta y sabiamente para que nadie descubriera la dimensión de su farsa. María se enfermó de angustia cuando entendió, de una vez para siempre, que no había obtenido el cargo de segunda vocera de la cuadra. Nunca sería vocera. Fue consciente del origen real de las afirmaciones que la inhabilitaron para esa función, infamias repetidas a lo largo de la cuadra por Eduardo, que fue de casa en casa repartiendo comentarios que ella comprendió que eran destructivos, traidores, regidos por la envidia que siempre le había tenido. Ella sabía que, si la hubieran elegido segunda vocera de la cuadra, su prestigio se hubiera manifestado con un brillo que alteraría la pieza que compartían, y él no estaba en condiciones de dejarse invadir, de entregarse verdaderamente a los rituales de resistencia que ensayaban los vecinos.

Eduardo, de pie (una mera sombra barrial levantada en el escenario de la noche), entendió que su esposa había desarrollado una teoría paranoica y destructiva en su contra. Ella le decía a su tía que estaba segura (así lo afirmaba) de que él estaba en rebeldía frente a los dictámenes de la cuadra y que quería convertirla en su cómplice. María le dijo a su tía: este chucha de su madre de Eduardo quiere irse. Está hastiado, cansado. Sí, irse. Eso es lo que busca, lo que quiere, lo que prepara, y después será a mí, le dijo a la tía de Eduardo con un tono declamatorio, a quien le corresponda justificar su ausencia y su cínica conducta, pero no lo haré más, no, nunca más. Mañana mismo hablo con los vecinos o no hablo y les escribo.

Eduardo le decía a su tía que María experimentaba un placer frío y que él comprendía que su falsa enfermedad se enclavaba en una certeza básica que medía el encuentro molecular entre el hueso y la carne. Añadió que estaba exhausto. Le contó que se preguntaba a sí mismo si acaso María estaba planificando algo en contra de él y de las microcélulas asiáticas que lo poblaban, o si su estado se debía a que despreciaba la inminencia de la deportación que se extendía y, además, quería seguir siendo indiferente a la ansiedad comunitaria y la falta de sal. Le decía que ella quería imponer su estado sobre el peligro mortal del fin del proceso que acechaba a la cuadra. Eduardo pensaba que a María le pesaba el sentimiento de derrota que arrastraba a lo largo de su pequeña vida, el cual ahora se había intensificado por su rencor, debido a la imposibilidad de ser elegida y reconocida como una segunda vocera.

La tía de Eduardo lo escuchaba, o no lo escuchaba realmente. Ella se dedicaba a tejer de manera frenética, obsesionada con las nuevas y numerosas fibras que había conseguido unos días antes del desastre que ocasionó el aislamiento de la cuadra, cuando la falta de mercaderías se extendió. Lo hizo el día preciso que se puso fin a los productos por la malsana y apocalíptica decisión de la Compañía. Aquel día, un martes, su tía compró los ovillos de un confuso material sintético junto a un par de palillos gruesos que manejaba con una destreza que podía considerarse atávica. Lo hizo justo unas horas antes de que se decretara el fin de la lana, del hilo plástico y de los palillos que podía adquirir la cuadra, un día antes de que se pactara la salida masiva hacia los confines.

Gracias a su gesto anticipatorio, su tía tejía como si sus dedos estuvieran empeñados

en explorar diversos movimientos, siempre con la cabeza dispuesta a escuchar el débil entrechocar, casi imperceptible, de los palillos cuando debía forzar un punto nuevo para dotar de categoría a la prenda, generalmente una bufanda. Su tía se complacía en los ruidos que certificaban que el tejido era tan real como su casa. Comprobaba que sus ojos veían con objetividad el avance de la prenda que iba elaborando y así comprendía, con una certeza total, que después de todo estaban vivos.

Ella tejía mientras oía a Eduardo como un zumbido lejano, como un mero decorado sentado en una silla. Su sobrino le parecía una sombra borrosa emanada de la última lluvia; le resultaba un simple reflejo residual, algo que la cuadra entendía y en cierto modo avalaba. La tía tejía y oía a Eduardo como si se tratara de un rumor que se filtraba del techo. Lo oía de manera débil o no lo escuchaba cuando él insistía en que María mentía cuando decía que él planeaba abandonarlas y que seguramente era ella quien planeaba una fuga. Repetía una y otra vez su teoría y su tía, cada cierto tiempo, le preguntaba, tal como lo haría un perfecto robot japonés: ¿estái seguro?

La enfermedad de María, algo que sabían la tía de Eduardo y los vecinos de cada una de las casas, era, después de todo, un invento, una coartada que le permitía preservar un espacio mental autónomo, aislada de Eduardo y de su insistencia. Enferma podía descansar de la cuadra, del abierto desprecio que le habían despertado cuando le negaron el derecho, que ella consideraba ampliamente merecido, de su estatus de vocera. En el interior de la pieza se retiraba y evadía la obligación de observar la multitud de sombras que proyectaban los techos. No pensaba en la obsesión que se había desencadenado en contra de los cuerpos por la crueldad de la Compañía y especialmente olvidaba todos los esfuerzos para agradarlos a ellos, a los vecinos. Ellos le comunicaron que habían decidido no otorgarle el rango de segunda vocera porque no cumplía con los requerimientos, carecía de constancia y sobre todo era proclive a la melancolía, un estado que era visible en su mirada: no incitaba a resistir, sino que ya se había entregado a la derrota de antemano.

Eduardo se sabía incapaz de ayudarla a recuperar cierta alegría de vivir, básica, necesaria, pero él no podía abandonarla. Le era imposible porque eso profundizaría la crisis barrial bilateral frente a los estragos que asolaban a la cuadra, que necesitaba rociarse de una amistad básica para sobrevivir. Estaban prisioneros a perpetuidad de las circunstancias trágicas que se iban a precipitar sobre la cuadra.

La tía de Eduardo oía a María reírse en la noche de manera animal, de la misma forma animal en que transcurría Eduardo, los dos ligeramente contaminados de ellos mismos, igual que si un efrit migrante los vigilara y estuviera acostado como un guardián en medio de la cama. La tía sabía que Eduardo y María eran dos puercos sagrados unidos por el desastre que emanaba del pequeño corral que compartían.

*

Migrar, ¿dónde?, mi vuelo está suspendido. Soy una búha estática, dotada de un oído privilegiado. Escucho con una potencia desmesurada. El silencio y su pausa emiten una consistente contracción física que gravita ampliando la potencia del vacío que se desliza por el espacio arrastrando una estela verdaderamente fantasmal. A una distancia extraordinaria, puedo presagiar el febril trabajo de los funcionarios del eximio laboratorio de la poderosa Compañía que revisa uno a uno sus programas para crecer, elevarse y romper así las normativas vigentes de la expansión corporativa. La noche no les da descanso químico. Los expertos, cada uno de ellos ampliamente celebrado, se han vuelto directores nocturnos agobiados por el resultado obtenido en los miles de roedores tecnológicos. Ya está decidido todo. Se decidió después de mil días y más de mil noches. Las fuerzas coordinadas, los camiones, los soldados y las carcajadas desde los edificios de enfrente de la cuadra garantizan los últimos detalles que les otorgará un éxito absoluto.

Los habitantes de la cuadra se organizan en medio de una total desorientación, abandonando las antiguas precauciones. Los veo desde el árbol mientras dan vueltas sin sentido en sus camas, alumbrados por el único y último foco que pronto será desplazado por una luz nueva. Mi precisión búha me advierte que he de dotar estas, ¿últimas?, noches de un ritual que se pueda consignar en los anaqueles de la memoria oral. ¿Será posible? Las noches se suman y se suman mientras noto que una de mis plumas está a punto de desprenderse y me dejará expuesta a una ligera asimetría. Incómoda. La caída de mi pluma sería una pérdida elocuente que estoy obligada a considerar. Un aviso o tal vez una emboscada.

Mi tercer párpado está decayendo.

Mis ojos anaranjados deben producir más y más precisión en mis garras.

Necesito atrapar, relatar con una extensión agobiante.

Las noches y sus números.

Los días implacables.

Definitivos. Inmóviles.

Me duelen los cuatro dedos de mi pata derecha.

Sé lo que afirmó la Compañía en la pasada audiencia.

Hay que cortarle las patas a la búha.

Desangrarla.
Me digo:
Pobre búha.
Qué destino.

La joven vocera dice que Carmen, sentada en una silla, en su casa, la 18, vive inmersa en una conversación interminable consigo misma para alcanzar una forma de paz frente a las súbitas variables que experimenta su vida. Habita el pánico de la cuadra aunque una parte de ella está ausente. La joven asegura que Carmen está asediada por la constante obsesión por su gordo. A este gordo, dice, flojo, cómodo, me gustaría convertirlo en burro para que cargue, para que aprenda, para que sepa lo que es, lo que siempre será, un estorbo o un paquete o un cuerpo sin cabeza. Me gustaría pegarle con un látigo para que mueva las patas y me transporte, me lleve lejos, me salve. Ella no deja de pasear a su gordo por toda la extensión de su cerebro con diversas intensidades, ya denostándolo o teniendo con él una actitud conmiserativa. Ay, este gordo, se dice. Ella aspira a liberarse del hambre que la asedia, esa hambre que circula y se replica con distintos sonidos por las cañerías de la cuadra. Piensa en la posibilidad de que ella y su gordo, mi gordo, el mío, como dice, huyan hacia un mundo paralelo que permanezca intocado por las sigilosas fuentes de poder de la gran Compañía.

Carmen, apoyada en su única ventana, en algunas oportunidades, cuando se siente demasiado vecinal, les comenta a las mujeres de la cuadra que está agotada, desnivelada de sí y que ya no sabe en qué pensar. Mi gordo, les dice, es humano a su manera. Lo necesito. Jamás podría vivir, quiero decir, sobrevivir sin mi gordo, flojo, sí, pero es lo que es o lo que somos, nada. O, como si quisiera desprenderse del cordón umbilical que ella construyó y que los amarra, dice: lo odio. Me voy a ir de la casa. Pero un vecino, el de la casa 17, que escucha con un obsesivo detallismo cada ruido que se filtra por la pared, niega el abrupto contenido de sus palabras; sabe que ella sale siempre, a la misma hora, a comprar al único almacén, el de la esquina de la cuadra. Compré tomates y limones; no había berros. Los limones están secos y los tomates medio derretidos. No tenían siquiera una coliflor, le dice Carmen a su gordo, aunque ella ya sabe lo que va a cocinar. Ha decidido qué le dará de almuerzo, cómo se sentarán a la mesa, el ritual del pan. Uno para ti y uno para mí; pásame el aceite. ¿Te echo aceite? Sí, échame. Bueno, pero te voy a poner un poco, un poquito no más; apenas nos queda y está tan caro, todo caro, los tomates, los limones, y me quedó medio desabrido el arroz, malo, sin gusto a nada de nada, horrible la calidad de este arroz, pero igual te dejé un plato grande para la

noche. ¿Me dejaste un plato?, qué bueno, tú sabes que después me da hambre. A ti siempre te da hambre, en estos días más que nunca, y ahora subieron las papas, están medio apolilladas. Todo está caro, caro. Se lo dice mientras sus ojos vigilan a su gordo para que no le quede una gota de comida en el plato y entonces Carmen le ve una mancha en la barbilla: límpiate aquí. No, no, más abajo, más, un poquito más abajo, ahí, ahí mismo.

Seguirán allí, frente a frente en la pequeña mesa, silenciosos o semisilenciosos. ¿Quieres que te eche otro poquito? No, ya está bueno. Estarán sentados a la mesa con sus dos platos, ubicados en los puestos habituales, hasta ese minuto exacto en que el gordo la mirará fijamente, en medio del despliegue de un silencio anormal, y Carmen verá un doblez en los labios de su gordo y luego una mueca se le extenderá por toda la cara hasta explotar en una intensa, sonora y abrupta carcajada. Él se reirá sin pausa, se reirá hasta cansarse. Después se levantará de su silla con una de sus expresiones más sombrías, pero seguro de lo que sucederá en el ánimo de Carmen. Sabe que ella, sin mirarlo, esgrimirá sus insultos más que conocidos, que ya han perdido su significado, palabras que sólo rebotarán contra los techos y desaparecerán dispersas entre las cañerías; en cambio, él tiene un repertorio siempre inédito que la deja muda, pálida, transparente como un vidrio o una botella de plástico llena con agua de la llave.

El gordo se irá de la mesa caminando con una molestia pausada o medio insignificante. Saldrá, sí, erguido y gordo, con el plato en la mano para terminar los restos de comida en su pieza y, después de un silencio conocido, muy tranquilo o calmado, le preguntará a Carmen, sin salir de su pieza: ¿qué hay de postre? Necesito comer algo dulce porque tengo una agrura en el estómago, en la parte de arriba. No sé, seguramente en el hígado o en la vesícula. ¿Qué hay de postre? Y ella le dirá desde la otra pieza que trajo un dulce pequeño, raro, nuevo. Te conseguí un dulce chico, barato, para ti solo, para que te lo comas tú no más. Y él, en el dormitorio que comparten (o que ella asegura que comparten), tendido en la cama, con las piernas laxas y el plato de comida enteramente vacío, se tranquilizará sólo en una parte de su cerebro porque hay unos sabores que no le gustan y piensa que ella es capaz de todo. Ya lo hizo cuando me trajo ese dulce de higo o el de sémola que hace la dueña del almacén de la esquina y ella sabe que me provoca escalofríos el limón, porque me rechinan los dientes, los pocos que me quedan medio sueltos; me quedan dos, los últimos. No quiero nada más, nada. Cómete el dulce tú sola, ¿oíste? Sé lo que me trajiste, un dulce malo, repulsivo. Lo compraste para destruirme: te conozco como la palma de mi mano, ¿oíste?

Carmen permanecerá en la silla, sentada, tratando de respirar como lo hacía antes, antes de que la cuadra completa dijera que no, que no aceptaban las condiciones que imponía la Compañía porque la cuadra era de ellos, de cada uno, que habían pagado, que eran propietarios, mucho antes del asedio, antes de la organización clandestina de la Compañía, en la que decidieron que no, que no, que jamás, que tienen que salir.

Entonces se levantará de la silla, furiosa con su gordo, abandonará su casa, la 18, cerrará la puerta y, una vez en la calle, temblará por el ahogo causado por las moléculas del sopor tísico que caen a la manera de una fina nieve que imita, para la cuadra, una falsa Navidad de pacotilla.

Carmen se sintió realmente agraviada por su gordo cuando salió a la calle y, mientras caminaba, se encontró con la joven vocera, que le pidió, paradas en los restos de vereda que sostenían la circulación por la cuadra, que aquella noche cuidara a su padre. Carmen se negó de inmediato. De manera brusca o sintética le dijo que se sentía mal: mira, no, no, es que me duele todo. Tengo calambres en la cara, no veo bien, me estoy quedando ciega. No puedo cuidar a nadie, no puedo. Estoy discapacitada o incapacitada, porque fíjate que se me puede paralizar una pierna o un brazo o atascar un pedazo de pan en la garganta porque tengo bronquitis crónica, una bronquitis de angustia. Ya, no, no, eso sí que no. Pregunta en las otras casas, sí. Yo creo que alguien sí, habrá alguien o más de alguien que puede hacerlo, pero yo estoy casi inválida, no se nota tanto todavía, pero sí, es infernal lo que está pasando. Tú todavía te ves bien, claro, no como antes, porque aunque eres tan joven ya te ves vieja. No, vieja no, eso sí que no, te ves bien, distinta, mayor. Lo que te quiero decir es que preguntes. Pregunta, algo vas a descubrir, una persona que cuide.

La joven vocera se sintió afectada por una dosis súbita de compasión cuando vio la cara de Carmen, alérgica, medio tumefacta, ya entregada a tener pensamientos que chocaban entre sí causando una dramática colisión porque, al igual que cada uno de los vecinos, ella vivía aterrada por el ímpetu de la Compañía, que amenazaba con llegar hasta la puerta de su casa para destruirla. Sí, sabía que esa Compañía era inclemente, que los despreciaba sin el menor atisbo de culpa. Decía que parecían animales, o que vivían como animales, o que podrían desplegarse como animales dañando las finas terminaciones de una plaza cercana, contaminar los nuevos edificios, amenazar a los bancos, que no merecían habitar la cuadra, y por eso esa cuadra no era. Ya habían puesto en marcha un ataque de una crueldad inimaginable que se consolidaría como el escenario inédito de una deportación sin precedentes.

La joven vocera conocía el terror de Carmen, de todos, y ella misma experimentaba un miedo recubierto de orgullo. Sabía que formaba parte de los dirigentes de la última cuadra, de ese exacto mundo que contaba cada día y que resistía las noches. Habían hablado, pensado, sugerido. Habían propuesto. En la reunión indicaron que quizás debían cambiar las maneras de hablar, nunca gritar, bajar las radios, vestirse de otro

modo, con colores neutros, adelgazar, teñir a las guaguas de rubio con agua de manzanilla, pero no: entendían con la fuerza de una denodada inteligencia que los sacarían, que la deportación estaba en curso.

La vocera comprendía, al igual que todos los vecinos, a Carmen y a su creación, porque sabía que, en medio de un pánico permanente, recibía al gordo en ella, lo hacía formar parte de su propio cuerpo; ese gordo que era sólo una palabra, una forma de rito con la que defendía su derecho o su obligación o su meditada decisión de vivir. Sabía, como toda la cuadra, que Carmen había creado un necesario teatro de marionetas, ella y su gordo, el gordo y ella, obligados por la privación y la falta de sal, pese a que todavía estaba cercada por su imbatible compulsión a la comida, a los ingredientes, a caminar como una decidida cocinera por su cuadra, a rechazar violentamente los escasos productos que quedaban en el almacén de la esquina aunque sabía que la dueña del pequeño negocio trataba desesperadamente de preservarlo para los vecinos. Pero a Carmen los precios le parecían inadecuados, caros, insensatos, y ya estaba acostumbrada a traspasar las múltiples dificultades que le proponía la noche. Se refugiaba, pensaba la joven vocera, en la certera posibilidad de abrazarse a su gordo, que aparecía en su mente, que actuaba en ella como un escudo frente la furia de la Compañía y su clandestina alianza con las grandes Corporaciones que acechaban a la cuadra de manera inclemente, que vigilaban a la (última) cuadra debido a la resistencia que oponían. La joven vocera y todos los vecinos sabían que Carmen se sentaba a la mesa, movía su lámpara mágica, un pequeño juguete irrisorio, barato, hasta que se materializaba su gordo. Entonces le hablaba mientras seguía pendiente de su lámpara, que titilaba porque se le agotaba la pila. Preocupada por la pila, por la duración de ese pequeño tubo que se volvía crucial, imperativo, le servía al gordo y se servía el plato, uno, mientras sentía cómo avanzaba la grieta a través de sus piernas.

Después de todo, le dijo Carmen a la joven vocera, parada en el resto de vereda dinamitada por la Compañía, la vida me resulta económica. Compro para mí y comemos dos. Y dice que el gordo se materializa como en una película antigua, emocionante, plagada de sucesos sobrenaturales. El gordo se sienta a mi lado. Comemos juntos, nos reímos. Te ríes conmigo, ¿no? No estoy sola, no me siento sola, no vivo sola. Parecemos esquirlas de un tiempo que no consigo determinar, pero somos felices, lo sé, y por eso no me quejo. Comes demasiado y te vas a enfermar y te puedes morir. Te gusta la grasa, o más bien prefieres la grasa, le dice a su gordo. A mí me asusta porque la Compañía intenta, no sé, ¿envenenarnos? No me mires así: no envenenarnos, no quise decir eso; me refería a otra cosa, a algo que todavía no logro concretar. Le diré a la vecina y ella lo va a trasmitir a través de las escasas cañerías. Se lo diré en un momento preciso, cuando sea indispensable. No comas más grasa, ya está bueno. Su gordo era un toro que había escapado de un establo, un toro viejo y cansado, un animal acosado por una senilidad que lo volvía lento, con una mirada obstaculizada justo en el centro de sus retinas por la

implantación de una extensa catarata. Su gordo, un pobre excedente ovino.

La joven vocera entendía que Carmen y su gordo estaban juntos como dos especies de animales inauditos, sorteando el desastre. Ella le dijo a la joven vocera: me formé para eso, para evadir. Aprendí a caminar evadiendo, no miré a nadie a los ojos, no desprecié o lo hice cuando era necesario. Me uní a la cuadra; justo después que vi caer una de las esquinas cercanas. Me uní como la joven que era en ese tiempo: asentí con la cabeza al recibir la terrible notificación. Dije que sí. Lo hice para complacerlos a ellos, a ella especialmente, la vecina que tenía una horrible herida en la cara, producto del conjunto de presiones, de humillaciones, de amenazas, no sé qué le pasó, ¿se cayó? No sé: o la empujaron o se cayó o la torturaron o la violaron, no sé. Dije que sí. Me quedé quieta ante la amenaza de la Compañía, pero qué importa ahora. Después sí entendí todo cuando esa Compañía arrasó de una manera cruel; vimos a sus altos representantes en el noticiario digital, posaron con una sonrisa perfecta mientras celebraban el fin de mil cuadras ubicadas en barrios ajenos, habitantes indeseables a quienes sólo les correspondía el hacinamiento y la estrechez. Yo oí la noticia con mis padres, sentados en las sillas, no teníamos sillón en esos tiempos antiguos, no, y todavía no tengo, pero a mi madre y a mi padre no les importaba ni a mí tampoco. Mi mamá tenía miedo. No, decía, no tengo miedo. Pero yo sabía que sí y por eso la consolé y le dije que la cuadra, la nuestra, era insensible a las noticias, que el poco cemento que quedaba conservaba sus certezas. Yo era consciente de que le mentía. Después mi mamá y mi papá murieron, no sé de qué.

Carmen se despidió de la vocera. Lo hizo con cortesía y con decisión. No, no puedo cuidar a tu papá. Caminó. Entró a su casa. Se dejó caer la noche. Oyó la entrada de los camiones. Carmen dejó un mensaje para el archivo oral de la cuadra: tenemos que materializarnos ya para salir no sabemos dónde. Mi toro está enfermo, viejo ya. Le duele todo el lomo. Soy una vaca y mi toro nunca me preñó.

*

No hubo una sola estrella en el curso de aquellas diecisiete noches. La ausencia mostró un cielo sin cielo, vaciado de sí, cubierto por un velo liso que profundizaba la oscuridad y destacaba la atribulada salida de la cuadra, que se plegaba a su fin. Mi árbol quedó sometido a la inmovilidad y sus ramas se enrarecieron. ¿Cómo se podría describir el alcance de mi audición y la intensidad de mi mirada?

Fue exacto. Preciso. Idéntico a un impresionante procedimiento quirúrgico que alterara la forma de la disección hasta volver anacrónica la tradición del bisturí. La noche no consiguió detener a la Compañía. Se dinamitó mediante la omisión de cada una de las ensoñaciones que provoca, de la voluptuosidad que porta y que dirige a las mentes a un espacio único, intenso, siempre más poderoso que la abúlica repetición del trabajo que propicia el día. La noche fue atacada en sus propios contornos. Se desplomaron sus más de mil noches legendarias y fue sitiada por los camiones que iban a devorar la cuadra y arrasar con cada uno de los cuerpos. Los grandes edificios se coludieron.

Yo, la pájara de la oscuridad, fui a la caza de vidas que encantaran y mantuvieran la noche en pie para insertar en ella, en el centro de su rígido ciclo, circunstancias, imágenes extendidas, unidas por el subsuelo de la rotunda y conocida curiosidad vecinal. Revisé la antigua tradición festiva de la cuadra, una tradición que quedará sepultada en los cimientos de los lujosos edificios, que se levantarán, piso sobre piso, en una formación tan pétrea como los ejércitos. Quise, con mis ojos búha, detener la codicia. Busqué, mediante mi página graznido, capturar la imaginación de los choferes para detenerlos, pero a todos nos avasallaron los ímpetus incontrolables de la última sesión del directorio de la Compañía que planificó la violencia geográfica.

Siento en cada una de mis plumas cómo se vacía el deseo de la página, el acto irreal de dilatar la muerte de la cuadra, la melancolía que ahora portan mis graznidos y el protagonismo creciente de los motores y de los cascos.

El árbol decora el futuro del espacio de la cuadra.

Las ramas están cooptadas.

Mis dedos ya no resisten las presiones.

La Compañía se ríe con destempladas carcajadas.

Dice:

La búha no vale nada, ni un solo peso.
No es rentable.
Afirma:
Es utópica.
Subproletaria.

II

LA FUERZA

Los insultos, los gritos, los culatazos, los empujones, los tirones. Los golpes en la cabeza, en la cara, en la espalda, en las piernas, tanto. El dolor. No tenemos cómo impedir la alevosa velocidad de nuestra caída. No podemos. Caemos en picada hacia la profundidad de un cráter invertido junto a una horda de ratas desesperadas que se aferran a mi pelo para sobrevivir, sí, para sobrevivir en medio de este súbito hundimiento de tierra que va arrastrando todas las casas de la cuadra, mientras los vecinos, cada uno de nosotros, revueltos y convulsos, demasiado mareados, experimentamos el centro del pánico entre los bamboleos y la indescriptible humillación que nos causan cuando nos aglomeran y nos insultan, y las niñitas lloran y las guaguas lloran y los niñitos gritan de pavor, un pavor nuevo, imposible de describir, y emitimos al unísono unos chillidos punzantes, enfermos, alucinados, por los crujidos que ocasionan estos movimientos de un terremoto grado nueve, no, no, más grados todavía, más alto aún, un terremoto inexpresable que me hace caer y caigo, caigo de cabeza hacia el hueco abierto en la tierra, caemos junto a una multitud de ratas para hundirnos circulares y vertiginosos en un espacio aterrador que no conocemos porque nos sacaron de las casas con una rapidez que ya habían cronometrado, un tiempo inusitado para empujarnos a la nada o a un sitio más que desolado o a unos pantanos o encima de unos arenales o a unos baldíos marcados por la crueldad pedregosa de sus bordes. (Las ratas están erizadas, recorridas por un pelaje nuevo.) Pero ahora mismo caemos con una acelerada velocidad que ya fue ampliamente analizada por la física. Nos despeñamos cabeza abajo por el hueco tubular que nos remueve y nos aprieta en el interior de un ominoso camión de basura que nos da vueltas y nos aplasta con su agria maquinaria. Nos hacina. Nos presiona con sus aspas metálicas mientras nos lanzan con una fuerza que carece de antecedentes hacia un precipicio desconocido, un tubo mucho más que oscuro, de un negro inédito y voraz, un basural dispuesto a tragarse la cuadra entera después que se haya roto una parte de la superficie terrestre con una deliberación destructiva que ya estaba pactada para hacernos desaparecer, sí, desaparecer de nuestro espacio porque lo consideraron antagónico para sus cuerpos (salgan de ahí, saquen a estos rotos, cumas, pelientos, flaites, que se manden a cambiar), algo que dictaminaron con un tono frío, pausado, pero imbuidos de un miedo enmascarado por la infracción cometida en contra de nuestro espacio, en donde depositaron sus madrigueras y por eso nos hunden cabeza abajo, abajo, para abandonarnos a nosotros mismos y perder todo, las sillas y la única mesa a la que comíamos y las camas, pocas, pocas camas, las almohadas, los frascos de vidrio, las ollas y las cucharas, los tenedores, los platos y la mejor muda de ropa para salir, sí, ir de visita o pasear los domingos o para acudir a un bautizo o a un casamiento o a un cumpleaños, y ahora sin nada, ni siquiera una banqueta, expulsarnos de todo. Nos llevan, así lo presagiamos, hacia las orillas de las orillas. Caemos. Las ratas caen y también nosotros caemos como las ratas que somos para desaparecer de la cuadra, perdernos, sí, del espacio que la poderosa Compañía decretó que no, no nos merecíamos porque

manchábamos el suelo hasta la destrucción, un suelo preciso que nunca debimos habitar, pues somos lo que somos, ¿cómo nos decían?, mujeres sueltas, borrachos, ladrones o ladronzuelos, morenos, flojos, y así nos retrataron, nos nombraron para señalarnos. Dijeron a viva voz que éramos los hijos malformados de los mil días. Los cuerpos malformados de las más de mil noches; eso nos gritan ahora sus voces atildadas mientras nos empujan al interior del camión de basura. Caemos. Esta noche, la más infortunada, ha concluido. La búha, la nuestra, nuestra maestra búha, perdió su última batalla nocturna porque la Compañía acumuló y acumuló hasta que la hostilidad se desencadenó con un frenesí incontrolado y cayó el velo tras el que se escudaba. Afirmaron que nuestro suelo estaba equivocado, que se debía a un grave error del Dios que cultivaban; dijeron que la tragedia que vivían se había producido por un lamentable error divino. Ese terreno nunca fue habitable para nosotros porque, aunque no era de ellos, era de ellos, le pertenecía a la Compañía para decidir quiénes, cuáles, cuántos, a qué precio. Ahora mi padre, tan enfermo el pobre, da vueltas y vueltas entre los fierros trastornados del camión. ¿Qué hacemos?, me gritan. ¿Qué hacemos?, me preguntan los vecinos basura. ¿Qué? No sé, no sé. Ya no hay cuadra ni reuniones, nada; el dirigente principal quedó mudo, sin voz, sin cuerpo; ahora sólo soy una vocera basura de mí misma. Este descenso a la grieta sucedió de una manera que no resulta posible ni menos creíble, nos muelen para convertirnos en desechos y, mientras nos precipitamos hacia una profundidad que proviene de una época intermitente, podemos presagiar que la pequeña cuadra nuestra está explotando igual que el último reflejo sonoro de un vaso justo en el instante en que cae y se revienta, sí, porque a nuestra cuadra, la de nosotros, la están demoliendo los trabajadores más especializados que ofician taciturnos para la Compañía. Ésta les entrega un intenso protocolo, un programa, sí, sí, que les detalla cada uno de los días y los empuja a concluir la inexistencia. Los trabajadores especializados obedecen con una expresión rara, hosca, y manejan las grúas, enormes ellas, las grúas, altas, unas maquinarias que no, no conocíamos, con unas ruedas muy considerables y unos garfios articulados, autónomos, monstruosos, que se levantan con la precisión que asegura el síntoma más reconocible de la devoración. Las maquinarias mascan las casas con avidez, las tragan sin ninguna geometría, sin tino alguno, sin conmiseración, lo advertimos, lo sabemos, pero ahora a lo largo de la caída gritamos por un miedo que nos inflama la garganta, seguimos gritando y aullando en el interior del camión, aullamos como los animales que somos, juntos, idénticos, los vecinos, las ratas y yo, todos nosotros, hundidos o hundiéndonos en algo parecido al experimento de una clandestina noche espacial diseñada para un viaje sin retorno. Sabemos, sí, que tuvimos o teníamos una casa, una cuadra, una ventana y una puerta, tuvimos o teníamos una vereda. Y, en un vuelco sorpresivo, en medio de un terror ágrafo (que sólo aparece tenuemente en los relatos orales fundacionales que se ocupan de la extinción), observamos la que fue nuestra cuadra, la cuadra entera y su imagen, tan simple, tan inestable pero bonita,

hermosa, sí, la cuadra, amplificada por la realidad de las casas nuestras, las casas de nosotros, que están ahora asoladas por los sonidos atronadores e insoportables del derrumbe, y se caen a pedazos y se desbaratan por la más que irregular demolición que sabemos que se consignará como insignificante debido a la necesidad de una deportación que la Compañía señaló que era urgente después de declarar que ya era impostergable. Seremos obviados por lo que se entenderá como un castigo merecido, porque cada una de nuestras casas será inexistente para la historia geográfica del habitar en esa parte de la ciudad o de cómo habitar y de dónde habitar. La Compañía y sus adeptos se encargarán de diluir o destruir las veredas, las puertas, todo; de negar que estuvimos ahí junto con las guaguas y las niñitas chicas y los niñitos con sus pantalones cortos, cortitos en los veranos o sólo con calzoncillos, y sus pasos iniciales o las carreras y los llantos precisos y las mañas de las niñitas porque ahora nos están hundiendo o demoliendo entre los movimientos circulares de estos feroces camiones de basura. ¿Y a quién le importa? A nadie. Pero, en una súbita torsión inexplicable, en el centro de los imprevistos, aunque el terremoto que nos mueve y nos revuelve no cesa, en este mismo instante también nos ataca de manera simultánea una súbita tormenta que nos lanza su agua, masiva, extrema, tan malvada como el avaro habitante de una isla plagada de metales preciosos que acumula en el subterráneo de su casa de piedra grandes raciones de comida para revenderla a precios exorbitantes durante la hambruna que se avecina. Experimentamos el éxodo (final) después de que ya transcurrieran los mil días; somos los últimos que habitamos más de mil noches en un lugar que resultó un agravio, un malentendido, una ofensa para ellos, los amantes de la Compañía. Las aguas o los ríos, y hasta los mares, detonan movimientos convulsivos que ahora mismo nos envuelven, nos atrapan, nos dan vueltas; nos ahoga esta agua con la misma intensidad implacable de las ondas espasmódicas que causa una enfermedad denigrante y fatal para los órganos, que multiplica sin pausa el dolor. Ahora mismo nos atropella la presión cíclica y desbordada de una tormenta que llega hasta nosotros sin presagio alguno mientras los niños desaparecen y se hunden hasta volverse líquidos, resbalosos, invertebrados, marinos, y generan, con su condición inusual, un suceso infantil único; sólo parecen formas indeterminadas, impregnadas por la injusticia que acumulan los siglos, una situación biológica inamovible que se repite y se repite, porque augura el siempre inminente y monótono porvenir, y, después del final de los mil días, en cuanto las Compañías pudieron alcanzar la omnipotencia y su consagración, después de más de mil noches, ¿cuántas?, quedamos solos, sumergidos, como si en la cuadra, la de nosotros, los niños y las niñitas nunca hubieran jugado en la calle con sus pelotas de plástico rojas o azules o verdes, o nunca hubieran llorando ni dormido, o jamás hubieran existido las numerosas guaguas que poblaban las casas, las guaguas, sí, las de nosotros, necesarias, dependientes de los pañales y de los pezones, y esta peligrosa tormenta nos cae ahora, nos ahoga porque está plagada de vínculos fundados en un desprecio afilado tal como si nos

agrediera el pinchazo de una aguja construida con el metal más propenso al dolor y el más hiriente. Un desprecio tan preciso, equivalente y simultáneo a la decisión aniquiladora que les proporciona el agua que se nos viene encima y, aunque nosotros advertimos, pensamos, nos reunimos y, en parte, resistimos, jamás pudimos controlar la dimensión del desastre, no conseguimos hacerlo para salvarnos y proteger las casas ni para sortear los camiones de basura, no supimos cómo, ¿fuimos débiles? Sí, pero no podíamos, no. Y ahora esta misma tormenta arrastra, sí, a la pareja de amantes más famosa de la cuadra, la más indecorosa, orgásmica en las esquinas, orgásmicos ella y él cuando se restregaban con ímpetu, y hasta con una porción de violencia, contra las paredes de la cuadra, sin darle tregua a sus piernas ni a sus caderas, sin reprimir sus jadeos, trastornada y furiosa la pareja por el descuido insensato de sus convivientes, que ni siquiera los vigilaban, y estaban cansados los amantes, agotados, hartos de hacer lo que querían, de desafiar, de promover sin pausa los sitios más sensibles y sorprendentes de sus cuerpos, empeñados en encajar sexualmente, ansiosos por reinventar el escándalo para conseguir algunas miradas atentas de la cuadra, de una cuadra y unos ojos que los conocían y nunca jamás se asombraron porque sabían cómo se gestaban las repeticiones, pero ahora las ratas y yo, las guaguas, los amantes y los pezones chocamos, nos estrellamos, nos lesionamos en medio de los extraños movimientos de un terremoto grado nueve y también estamos inundados por la potencia arrasadora de las aguas. Sí, compartimos el mismo raudal interminable y famoso de las cataratas en las que todas las personas que fuimos alguna vez caemos por sus bordes con los niños y las niñitas, caemos con los coches desvencijados de las guaguas, tan derruidos los coches por el uso, con las ruedas torcidas; empréstame el coche para mi guagua, para el Toñito; ya, pero tú lo pasái a buscar, pero me lo devolvís, no se te olvide, y ahora caemos con la única mesa que teníamos, caigo con mi camisa de dormir celeste, sí, mi camisa, esta camisa que tengo sobre lo que me queda de cuerpo mientras nos revolcamos en el centro de la basura y caemos con los vecinos y las vecinas y sus convivientes, pero la rata que soy, la rata en la que me he convertido o me han convertido, o nos hemos convertido, no, no, no nos resignamos y nosotras, las ratas o la vocera que fui podríamos resistir o habríamos resistido agarrados todos y cada uno de nosotros a las cornisas de los techos de las casas de la cuadra para que no nos llevara el agua, que no, no nos lleve, mientras le tiendo la mano a una niñita que se parece a mí, la diviso vagamente, pero ella me esquiva y se prende del pecho de mi vecina para salvarse; nosotras ya no podemos reconocernos y ella nunca se va a salvar porque tiene una mancha callana, notoria, notable, extensa en el centro final de la columna, la mía, mi mancha de nacimiento, yo la tengo, sí, la mancha callana, ¿y qué?, pero ya desapareció mi mancha, se me borró, ahora es inencontrable, pero la tuve, y quizás todavía la tengo, escondida debajo del brazo o dentro de la boca o empuñada en la mano izquierda o alojada entre uno de los dedos del pie, ¿y qué?, sí, porque a las guaguas de la cuadra les escondíamos la mancha

callana, la disimulábamos debajo de los pañales, nunca les sacábamos los pañales, ni menos los calzones, nada, nada, porque esas manchas amoratadas eran las que auguraban que la cuadra callana podía desaparecer sin dejar huella alguna, aunque quizás un testigo, algún iluso que no odiaba la mancha repetida, morada, oscura, quizás habría asegurado que la cuadra sí estuvo allí, pero que la derribaron hasta que no quedó trazas de su existencia, ni una huella de esa marca amoratada que recorría las pequeñas viviendas; el testigo diría o podría decir: todo pasó porque no desapareció del todo la mancha callana y por eso hundieron las veinte casas. Pero ¿quién lo escucharía?, nadie, y ahora, en medio de la catarata y el ruido, en el centro del terremoto, hocico abajo en el camión de la basura, ladramos y aullamos de dolor, o emitimos el convulso chillido de las ratas o el de un carnero desangrándose por el cuchillo que le incrusta su dueño y le atraviesa el pescuezo, lo hacemos y se nos instala en la garganta ese chillido común porque entendemos que algo o alguien se precipitó con saña para acabarnos, degollarnos o envenenarnos o ahogarnos con el fin de celebrar el triunfo de un sacrificio tan silencioso que se perdería en ninguna parte. Sí, prepararon la deportación con una decisión inquebrantable porque ocupábamos un poco, apenas un poquito, de un suelo. Lo hicieron cuando pasaron más de mil noches. Ahora, detrás de la matanza que atraviesa cada peldaño y se esconde tras la exigencia al silencio de nuestros pasos, no existimos o existimos sólo como un tipo simple y masivo de callanas desajustados, ínfimos; nos borraron porque era posible, todo podía suceder o sucedió después de los mil días y nuestra epopeya de más de mil noches, después de soportar la suciedad crónica del río que divide la ciudad, las moscas arriba de los platos y alrededor de nuestras cabezas, la picazón dentro de los ojos, la terrible paliza que le dio el marido a la vecina, el más borracho de todos, el olor de las aguas turbias porque nosotros salimos de su ribera, y permanecer allí, lo hicimos, sí, pero salimos para empezar una vida en la cuadra; no sabíamos, no sabíamos que la callana iba a desencadenar el odio, porque decían que somos menos que humanos con nuestros esqueletos teñidos de un color impropio y nefasto. ¿Y si escondemos la mancha callana?, ¿si la restregamos?, ¿y si aplicamos una pomada de una vieja farmacia, la más tóxica y la más barata para borrarla? No entiendo, no sé, no comprendo, ¿qué nos moja?, o ¿por qué nos mojan? Nos consideran manchados, tiñosos, y por eso, en la noche, empujaron la cuadra hasta los confines, la llevaron al límite de todos los límites hasta que la cuadra entera, que se sostenía en una increíble pizca de terreno, una sobra o en el borde de un espacio sin métrica, desapareciera, pero teníamos, sí, dos esquinas, un frente plano, neutro y conciso que contenía veinte casas, cada una de las cuales tenía un número casi ilegible (ya se estaban borrando o querían borrar nuestros números) de la uno a la veinte; la cuadra tenía treinta centímetros de veredas, la calle estaba consumida por sucesivas grietas producidas por el deterioro instantáneo de un tipo inexplicable de cemento que mostraba el alto grado de insensibilidad (y menosprecio) en la decisión de los materiales que le

fueron retirando a la calle; teníamos un poste de luz a lo lejos, un remedo o una copia de alumbrado; el almacén de la vecina estaba en una de las dos esquinas. Había incluso un auto inclasificable, sin patente, que quedó estacionado en la calle para que nos entorpeciera el paso, un auto abandonado de un modelo que ya era completamente inviable y que quedó así, expuesto, abierto, visible en nuestra cuadra chatarra, un auto espía; las casas tenían dos entrañables piezas, pequeñas pero preciosas, una cocina, un baño. La luz se cortaba cada tres días; la cocina tenía un ínfimo lavaplatos, las veinte casas contaban con quince cocinas a gas y cinco a parafina; teníamos, sí, un teléfono que pedimos y nos concedieron antes de saber quiénes éramos, un teléfono que usábamos entre todos, un aparato que nos parecía mágico, un verdadero regalo de un Dios en el que ahora ya no, no, no creemos, no lo haremos, no se atrevan; el baño, la cocina, las dos piezas eran chicas, chiquititas pero bien diseñadas. Ya no debo decir, pero antes de desaparecer tengo que asegurar, como la vocera que fui, por el honor que me otorgaron, sí, recordar que teníamos veinte techos completamente averiados, algo que ya era así en los tiempos previos a que nos insultaran y nos atacaran como los hijos malformados de los mil días que piensan que somos y por eso, de manera paulatina o desembozada pero siempre ascendente, supimos con asombro, por qué no decirlo, que pensaban que algo, algo, algo era peligroso o muy peligroso en la cuadra o la cuadra misma era temible, todas las casas, la del número 1, la 2, la 3 y así hasta la 20, porque aseguraron, cosa que la Compañía hizo en los últimos de sus informes, que nosotros éramos amenazantes, enfermos, salvajes, contagiosos, morados y que no merecíamos, no, no, nunca, habitar la cuadra, que éramos, no sé, ¿morenos?, y eso nos puso en un estado frenético porque teníamos que salvaguardar las guaguas y precaver los pezones de la cuadra y acumular la ropa que tendíamos arriba de una cesta, salvar a los niños y a las niñitas, cuidarlos y cuidarnos, vigilar, pensar, seguir el curso del día, las horas, los minutos en que se desataba la noche, el tiempo insensato que quedaba antes de que nos convirtieran en zorros o en perros o conejos o gatos para acortar la duración de nuestras vidas, antes de que unas figuras verdaderamente poderosas y blindadas como un coracero, un buque de guerra, un tanque o un fantasma de alta gama o un arma nuclear de última generación se apropiaran de nuestras existencias para intentar reconvertirnos, quemarnos o degollarnos. Sabemos que nos observaba, desde el árbol más lejano, un moderno efrit, un títere enemigo que respondía únicamente a la voz de sus amos, que eran unos seres que acumulaban y acumulaban para sentir que poseían algo así como un leve átomo de potestad sobre el diseño del mundo. El efrit, desde su cuidadoso centro de observación, dominaba nuestra cuadra con los poderes que ejercía, dotados de una precisión antigua que convocaba formas de encantamientos tan conocidas y distantes. Ese efrit adicto a los poderes y a la acumulación de una riqueza insensible, atemporal o intemporal, viajero impenitente de los siglos, estableció su universo acechando a la cuadra, situado de manera permanente en el lugar que se había asignado o le habían asignado; se encarnizó

con nosotros para precipitar su demencia, su rabia y la envidia que le inculcaron sobre cada una de nuestras cabezas, y se propuso (porque se lo impusieron) expulsar las casas de la faz de la tierra, la pizca de tierra que era de nosotros, para facilitar la deportación que se realizaría al amanecer, después que habían transcurrido las más de mil noches. ¿Qué está haciendo ahora ese efrit malsano?, ¿dónde está?, ¿a quién sirve? Está obedeciendo cada uno de los movimientos más descarados y procaces de la Compañía y su euforia por la limpieza étnica. No duda no retrocede no cede. A la búha le van a cortar un ojo para cegar la última noche y que así ella no registre la forma ni la realidad de la deportación. La búha comparte nuestra derrota. Recibimos otro ataque. Mi padre no podrá sobrevivir: no tiene las fuerzas y carece de un aliciente. Advertimos la rasposa hostilidad del humo y reconocemos las llamaradas más conocidas de un incendio; observamos cómo se acercan las llamas que van consumiendo todo un alrededor difuso, un paisaje que no nos pertenece porque, siendo unos tiñosos, somos, no podemos, no podemos salir de la cuadra y nos quedamos encapsulados en veinte casas que están viajando ahora mismo en un camión de basura, pero vemos las llamas acercarse, y los niños y las niñitas y las guaguas y los pezones podrían terminar calcinados, reducidos, confundidos con los latones de los techos, metalizados todos. No tenemos agua para aplacar ni menos apagar las llamas; no disponemos de un surtidor mágico que nos auxilie de la quemazón, pero podríamos quedar en la cima de una de las piras, arriba, y no quemarnos y salvarnos medio chamuscados, calvos todos. Ahora hablamos entre nosotros, apilados en la esquina, en la puerta del almacén, esperando acezantes la deportación, ¿hacia dónde?, temblorosos, mirando las llamas, que se mueven con una libertad desconocida, crepitante, seguras de sí mismas y del poder que las capacita para derretir metales, fundirlos, y eso, eso mismo, podría sucedernos, derretirnos junto a las casas y los veinte baños y el único teléfono que tenemos. Han ordenado derretirnos, derretir a los niños y a las niñitas, cada una de las guaguas, los pezones, los pensamientos, las sillas en las que nos sentamos, la mesa, los pocos platos; derretir las peinetas, convertirnos a todos en los restos retorcidos de un incendio. La asolada no se detiene: se incrementa. La búha, con sus plumas afectadas por la lluvia de cenizas, empieza un cuidadoso y casi imperceptible descenso. Sus ojos (rígidos) vuelan hacia los camiones de basura. Nada es natural, no lo es, no lo es, sólo sufrimos el ataque de un fuego sin contorno alguno, cosa que decidieron porque no debíamos pisar la cuadra. Aquí no, al lado de nosotros, no, nunca, jamás estos animales aquí, cerca de nosotros. Eso dicen. ¿Qué hacemos ahora? No te detengas, arranca, corre, no importa, ya, bueno, sí, pero dime adónde vamos. Al fin del mundo, donde no nos vean a nosotras, a ellos, a ninguno, a las guaguas tampoco, a nadie; dile a las Alicias, llama a madre Margarita, llámala que venga, dile: no, no, se puede huir ya. Que vuelva dile, que se una antes de que nos olviden a todos, a cada uno de nosotros; dile que resuciten y vengan las tres pobres monjas sacrificadas, todas, porque se están cumpliendo las profecías que hizo la

Carmen, ¿te acuerdas de la Carmen?, ¿te acuerdas de Misael?, ¿y de la guagua Inés? Se murió la guagua; su mamá no la pudo salvar. Corramos. Que resucite también la guagua Inés, ¿te imaginas? Se murió de fiebre, tantísima. Cállense; nadie va a resucitar, ¿están tontos o qué? Corran. Corran. Nos persiguen.

¿Quiénes?

Ellos.

¿Ellos?, ¿quiénes?

Ellos.

III

LA NUEVA CAMINATA, ¿HACIA DÓNDE?

Te convertirás en la búha de este siglo nuevo.

Lo harás porque fuiste la escogida. (Sí, oíste los picotazos, abriste la puerta; allí estaba la bandada de búhas que te miraba fijamente con sus ojos anaranjados.) Sientes que el temor se mezcla con una forma intensa de desarmonía imposible de definir, como si tus emociones no te pertenecieran o tu mente no fuera capaz de comprender del todo los contornos de tus pensamientos. Eres presa del vértigo de innumerables sensaciones que confluyen desde una evidente dispersión. Te dices que podrías morir esta noche. Crees que quizás vas a morir esta noche y te asalta la poderosa convicción de que es necesario enfrentarte a tu muerte más allá de entender o dejar de entender su sentido. Pero de inmediato te dices que no morirás, que eso no sucederá, pues esta noche te entregarás a la experiencia de una fusión orgánica extraordinaria para la que, si bien sabes que será asombrosa, inédita, estás segura de que te corresponde. (Tu madre, su última voz inaudible, su nostalgia insertada en tu retina. Su muerte.)

Serás la búha.

Prefieres ahora mismo no repasar más los tiempos que retumban con toda su vasta adversidad para dedicarte, en cambio, a tu memoria: la de tu madre, muerta; la de tus abuelos, muertos. Recordarlos a todos y a cada uno de ellos; especialmente no evocar a tu madre y las palabras e imágenes que repetía una y otra vez, porque ella permaneció congelada, unida a esa noche terrible del siglo pasado, tu madre, ¿de otro siglo? Ella evocando sin cesar que los sometieron al agravio de aquella noche basura, manchada entera de un modo que parecía imposible; pero ninguno de los vecinos, te dijo tu madre, pudo escapar a su destino de ser humano capturado, expulsado de su propia especie, entregado a una forma vertebrada ambigua, imposible de clasificar.

Te preparaste o te prepararon para iniciarte justo esta noche, antes de que fuera demasiado tarde, sí, iniciarte traspasada por una intensidad electrizante, ósea, cuando entendiste que debías acudir al árbol (misterioso) para ocupar un sitio determinado de antemano. Lo entiendes, lo compartes. Te sabes habitada por una fracción pájara desde antes de que tu cuerpo se prestara a la emoción y al inaudito privilegio de un nuevo nacimiento; mucho antes de que oyeras los ruidos en tu puerta, la abriste, sí, abriste la puerta en la noche y te enfrentaste a los graznidos históricos de las búhas, a las que viste alineadas, únicas, tranquilas. Bellas. Te plegaste. Dijiste: sí, sí, claro, iré, sí, iré. Hablaste con una seguridad que irradiaba una sensación de plenitud total y así, parada en la puerta, leíste en sus ojos, extraños y maravillosos, provistos de tres párpados, la certeza que suscitabas en ellas después de que hablaras con tus énfasis más convincentes y la voz más audible, sí, sí, porque tu voz se levantó para aceptar y decidir el punto exacto en el que iniciarías la larga espera. ¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo? No sabes.

En un movimiento súbito, involuntario, recuerdas el antiguo viaje al campo. Un viaje hacia atrás. Mítico. Todo ha desparecido ya o piensas que desapareció. Visualizas cómo llegaste con tu madre a hacer una visita a la casa de sus parientes. Nos vamos donde mis

tíos, donde nació tu abuela, al pedacito de tierra que tienen, te dijo tu mamá. Iremos por varios días; no sé, una quincena, quizás un mes, necesito estar allá, te dijo. Sí, sí, ya, vamos, dijiste. Después ella sacó la ropa y armó una maleta. Entonces, partieron.

Nunca habías salido de la ciudad. Te acuerdas de la extensión del trayecto, que te resultó demasiado largo, casi interminable, y, cuando finalmente llegaron, mientras observabas los saludos y las palabras que las recibían, qué bueno que vino, le decían a tu mamá, qué bueno, te detenías a mirar la casa y sus anchos pastelones de adobe, y, en su interior, el techo de la pieza, cruzado por la precisión de gruesos troncos de madera. Sí, aquellos días transcurrieron instaladas allí, en aquel nuevo espacio donde todo el tiempo te parecía idéntico, neutro, sentada en la banca con tu mamá, mientras las tardes se sucedían inamovibles, sin matices, atrapadas en la nada. Sí, las dos, tu mamá y tú, a la sombra de un árbol, mirando lo mismo de siempre, el camino, las numerosas gallinas que pasaban, más lentas o más rápidas, o corriendo, cloqueando, coloridas, rojizas, algunas castellanas, con sus repetidas plumas a rayas, y pensabas que las gallinas y sus movimientos te aburrían, pero tu mamá las miraba con atención al tiempo que sonreía como si jamás las hubiera visto antes. Mira, te decía, inmersa en ese mundo nuevo, cómo los pollitos siguen a las gallinas, mira cómo corren, ¿te das cuenta? Los mirabas y le decías que sí. Y recuerdas con una precisión actual las noches en el campo y cómo te sentías participando de una oscuridad nueva, sometida a una noche que no conocías, que lo velaba todo, salvo el prisma que permitía la lámpara a parafina o a bencina, no estás segura, que alumbraba de una manera distinta a la que estabas acostumbrada, esa lámpara, el metal, el vidrio, emitiendo una luz clara y oscura que te gustaba porque tenía una llamita chica, y ahora mismo te acuerdas de la cama donde dormías junto con tu mamá, y sentías que podías perderte en ese espacio desconocido y desaparecer para siempre porque eras tan miedosa. Tu mamá te decía que no tuvieras miedo. Miedo ¿de qué?, ¿de qué tienes miedo?, te decía, y tú no sabías, aún no sabes, cómo esquivar el miedo, mientras esperas que la belleza de tu conversión en búha te conceda, en un tiempo incierto, quizás inalcanzable, más de mil días ajena al miedo para que la noche y su poder vuelva a los cuerpos visibles y cercanos. Estás segura. Es necesario. Tu inminencia búha necesita una esquina nueva.

*

«En las esquinas de las poblaciones más conocidas (la noche tecnológica, inmaterial, tan extensa, así lo comunica) se están agrupando sus habitantes. ¿Por qué? Porque es urgente. ¿Quién lo dice? Los mensajes, los mensajes. Los palos y los cartones se van extendiendo hasta cruzar las dos esquinas para el armazón de una barricada larga que iluminará la poderosa oscuridad con su plena insurrección. Es un acto necesario para mostrar la coreografía urgente de los cuerpos. Refulgirá la franja rojiza, que se levantará y encenderá el signo de un reclamo intempestivo. Esa franja, que estará allí para impedir la entrada aniquiladora de los camiones y de las patrullas hacia el fondo de los pasajes, de las plazas, y precaver así del desborde de la sangre y la multiplicación de los heridos. ¿Habrá muertos?

De manera sincrónica, orgánica, también se encenderán las barricadas a lo largo de las esquinas en cada población, en los barrios resonantes, en sus esquinas aledañas, ¿cuáles? Las informaciones que recorren la noche no lo dicen; no parece posible quebrantar el secreto. Pero esta noche podría emerger una luz cargada de señales, poderosa y emblemática. Una luz artesanal, antigua, memoriosa, reconocida por su extensa historia. La noche ya se precipitó. Se rehízo a sí misma, se limpió con la lengua las impurezas y se dispuso a constituir la sede de cada barricada. Los celulares graban y celebran, y los mensajes jubilosos atraviesan las ciudades, inundan los pueblos. Una pareja de jóvenes hermanos baila cerca de los materiales. El padre los alaba.»

*

De pie, frente a la bandada de búhas, entendiste que debías apelar a un tono conciso. Todo en ti parecía envuelto en una claridad sorprendente. Aseguraste, con las palabras que escogiste en tu más plena serenidad, que acudirías. Sí, sí, les repetiste una y otra vez a las búhas congregadas. Una y otra vez, sí. Ellas te habían escogido con todo el peso de su sabiduría. Ahí estaré, sí, treparé el árbol, alteraré mi especie y soportaré la avalancha corporal. Eso será necesario. Estoy preparada para el tumulto orgánico que devendrá y, entonces, me instalaré en la rama más alta. Lo haré acompañada del pacto que ustedes sellaron con la noche. Esta vez la noche será nuestra maestra y nuestra aliada. Permaneceré con mis patas prendidas al tronco de la rama, esperando, les dijiste. Así será, contestó la extensa conjunción de búhas. Hay que esperar todo el tiempo que sea necesario. ¿Cuánto?, ¿días?, ¿meses? Tal vez decenios, ¿un siglo entero?

Sabes que vas a ocupar el espacio que ya se ha definido para una instalación prolongada, un sitio en el centro más poblado del árbol. Su volumen garantizará la seguridad de tu visión gracias a la amplitud y al despliegue de sus ramas. Las búhas te asignaron el árbol propicio, ubicado en una de las esquinas, ese árbol que tú debes descubrir. Lo harás conducida por el hálito pájaro que te envuelve. Sí, lo vas a reconocer y treparás por su tronco como si te prepararas para celebrar una fiesta callejera. No es exactamente así. No lo es. Sabes que se desencadenará la plenitud que porta la noche o tal vez esa esquina y ese árbol representarán teatralmente un escenario que quizás podría sobrevivir, ¿cuánto?, ¿mucho más de mil noches?, ¿dos mil quizás?, ¿cinco mil? No lo sabes. Piensas que no es posible una respuesta, ya que tú misma, el árbol, los días y las noches podríais ser obviados o atacados o aniquilados, pues el tiempo y su doblez (siempre el mismo) generan una repetición incesante que contiene, en su gigantesco centro humano, el oprobio.

Pero no, no pensar.

Quieres olvidar que creciste con miedo, el mismo miedo de tu abuela, el que mostraba tu madre en su relato de aquella noche, la última. No me acuerdo de todo, te decía. Era terrible y confuso, sí, mucho, pero del camión de basura, sí, dando vueltas y vueltas, mi mamá, mi papá y yo aplastados por el metal, eso sí que lo recuerdo. Y entiendes que tú fuiste la heredera de esos miedos, el de ella, el de tus abuelos, pero ya

no sabes cómo mejorarte, porque el miedo está en ti dormido o dormitando tal como el descanso necesario de un tigre que, sin embargo, de pronto, resurge sigiloso y salta para atacar.

Sientes miedo a ahogarte. Recuerdas las tardes en que bajaste al estero que establecía un límite preciso en la tierra donde vivían los parientes. No alcanzas a visualizar ahora, con exactitud, cómo se cruzaba el estero o cuál era esa parte del campo, aunque sí puedes rehacer el camino que bajaba desde de la casa y recuerdas las piedras de diversos tamaños que te causaban un intenso dolor en los pies cuando te internabas en los bordes del agua. Te acuerdas, ahora mismo, mientras caminas, del vuelo de los enjambres de tábanos, negros, injuriosos, que arreciaban con un zumbido ineludible en los momentos en que te metías al estero. Te picaban atacando en manada para disponer de los cuerpos, y nunca has olvidado el impacto y la repulsión cuando te viste las dos sanguijuelas prendidas a una pierna y la desesperación que sentiste mientras intentabas despegarlas, negras en tu pierna y se resbalaban, amorfas, chupándote un poquito de sangre, y tuviste que destrozarlas, pedazo a pedazo, para que dejaran tu pierna tranquila, y recuerdas también, cómo no lo harías, que en uno de esos días, cuando todavía bajabas al estero, mientras te bañabas, caíste en una profundidad que no habías advertido hasta que una de las parientes de tu mamá, una de sus primas, te buscó debajo del agua y te sacó a tirones, realmente asustada. Después te paraste junto a ella en la pedregosa orilla del estero, mojada, escuálida, tiritando por la certeza de que casi te ahogaste aquella tarde, pero sabes, y esa seguridad te resulta sorprendente, que cuando estabas debajo del agua no sentiste miedo, sino una tranquilidad neutra, como si hubieras salido de ti misma y sólo permaneciera de ti una ausencia pacífica. Recuerdas que, mientras estuviste en el campo, después de aquel incidente, no te bañaste en el estero, no te atreviste a entrar al agua nunca más; no, no lo hiciste en ningún instante de tu vida, pero, sin embargo hasta ahora, hasta esta misma noche, después de tanto tiempo y de un modo que te resulta incomprensible, sientes un miedo terrible a ahogarte.

*

«La noche de los cuerpos sigue armando las barricadas. ¿Quién asegura que la rabia es injusta? ¿O es justa? Es rabia y es justa. La noche señala que el fuego de las barricadas es inminente y que empiezan a congregarse, ¿dónde?, ¿dónde?, ¿quiénes?, ¿cuántos? En las esquinas, ¿cuáles? Qué importa. Se asegura (murmura la noche misma) que son tantos, cientos o miles o millones los que salen de sus casas, unidos por una interminable ira subterránea hasta depositar en un centro común, en medio de las fogatas, una multitud de brasas de angustia, tan extensas que generan una inédita liberación.

La decisión que la noche dictamina congrega a los cuerpos alrededor de la organización de las barricadas, ¿quiénes? Adolescentes y jóvenes, flexibles, seguros, exactos, libres, ordenando los neumáticos junto con los cartones, los papeles y los palos que ya se están acumulando para formar el signo encendido de un fervor incalculable. La tarea que les asignó la noche es romper el límite planetario, cambiar el orden, alterar la física impuesta para así reparar, mediante una urgente reconstrucción, la permanente privación que los atraviesa, el desdén de las miradas que los clasifica, el resentimiento, las faltas, los errores, sus vidas irregulares, plasmadas en el armazón de las barricadas, que se levantarán incrementando, una vez más, la memoria relevante de la prolongada insurrección que portan el fuego y las esquinas. La noche ahora invita a la cautela. Cada uno de los congregados entiende. Sus celulares alumbran, escriben mensajes, se protegen. Los mayores acatan. Todos simulan. Actúan una obra planetaria inclaudicable.»

*

Te transformarás en una búha perfecta, celebrada por sus ojos singulares, extraordinarios, y moverás el cuello, dotado de siete vértebras adicionales, y se te erizarán las plumas orejas para desplegar tu impávida, erguida y hermosa figura con el fin de repasar el antiguo acontecer de esa cuadra, impresa en una zona que ocupa el centro del olvido. Comprendes que el temor a la pérdida de tu antigua figura, ¿una mujer quizás? (ya no estás segura de nada), se origina ante un ímpetu caótico imposible de contener porque dispara los bordes más sensibles de tus sentimientos. Sabes también que tomarás la posta de la búha del pasado, ¿desde dónde voló?, ¿adónde se fue?, ¿en qué rama persiste?, ¿persiste acaso? Nadie lo sabe y, si lo supieron tus abuelos o tu madre o toda la antigua cuadra, lo guardaron bajo el acuerdo de un masivo, impenetrable secreto. Ella, la vieja búha que hubo de resguardarse entre las ramas para proteger a los sobrevivientes que resistieron en la cuadra los mil días y más de mil noches. Ella, la primera búha.

Te pones el chaleco más grueso porque sabes que fuera ya empieza el frío y entonces sales de tu casa, cierras la puerta para acudir a un sitio que has de encontrar porque está escrito en una fina línea del programa. Te das cuenta de que el acto común de caminar por la calle, la misma, la de siempre, adquiere para ti otro significado, una calle sin tiempo o que transcurre uniendo distintos tiempos. Una caminata inmemorial. Comprendes que tus piernas, los dedos de tus pies, el empeine, las rodillas, los muslos, no sólo sostienen la totalidad de tu cuerpo, sino que cada paso transporta también una suma impresionante de pensamientos y entonces tus movimientos te parecen enteramente mentales y entiendes que tu cuerpo completo ya ha empezado a mutar hasta convertirse sólo en un espacio cerebral.

Mientras caminas hacia el árbol, continúas evocando el viaje; recuerdas que las gallinas castellanas le gustaban tanto a tu mamá, quien las miraba de manera especial, con una clara sorpresa, como si fueran adornos o una especie exótica, pero tú pensabas que eran insignificantes, lo pensabas en medio de un hastío que se volvía insostenible mientras te mirabas los zapatos, el borde de tu vestido, las piernas colgando de la banca, y te preguntabas qué hacían tu mamá y tú ahí, sentadas después de un viaje agobiante, caluroso, que las transportó hacia el interior del interior.

Desde la carretera vislumbraste a la distancia los perfiles de ciudades y más ciudades y, más adelante, mientras se cambiaban de un bus a otro divisabas, pegada a la ventana, pequeños pueblos, muy parecidos entre ellos, hasta cierto punto monótonos, y después del último bus, ¿era un bus?, subieron a un vehículo, el más chico, hasta llegar al caserío donde vivían los parientes de tu mamá, un lugar que te pareció indefinible, como si no perteneciera a ninguna parte, un espacio desagregado del mundo, pero no decías nada porque tu mamá parecía más serena visitando a sus parientes, sus tías, las dos hermanas de su madre, tu abuela, esas tías que se habían quedado en las tierras sembrando como podían, como decía tu mamá. Mis tías se quedaron aquí para siempre; sus maridos y sus hijos, mis primos, son inquilinos, temporeros, pobres. Hacen lo que pueden. No sé por qué mis tíos y mi mamá se fueron, te decía, pero ellas no, nunca, eran las menores, aquí se quedaron, se establecieron, viven como viven. Mirabas a las tías de tu mamá, tías, les decías tú también, mientras se sucedían unas conversaciones lacónicas, apenas unas frases cortas que cruzaban durante el almuerzo, pero en las que no se mencionaba nada importante o solemne o divertido. No preguntaban. Hablaban de nada, de las pequeñas siembras, del clima, especialmente del clima una y otra vez. No hablaban de la reciente muerte de su hermana, la madre de tu mamá, tu abuela. Entendías que para ellos tú eras una niña casi inexistente, quizás molesta, como si no estuvieras o no pertenecieras, y no se dirigían a ti o te dirigían dos palabras. Nunca más de dos.

*

«La noche es sabia. Entiende que hay que seguir juntando los palos, los cartones, y eso empuja a las mujeres y a los hombres reticentes a salir de sus casas para acudir porque el plazo ya se vuelve imperativo. Obedecen el dictamen de la noche. Hablan de modo disperso mientras ubican cuidadosamente la diversidad de materiales para cautelar la fortaleza de la barricada o convertir la barricada en fortaleza. Hay que formar una línea consistente, ineludible. Entienden que las barricadas del mundo sólo les pertenecen a ellos, que allí reside parte del último patrimonio que les queda. Los hombres y las mujeres, todos ingresan de una manera simple, tranquila. La noche se refugia en sí misma. Conoce la extrema complejidad de su sabiduría. Los cuerpos reunidos inician un ritual que descansa en unas manos concentradas en la construcción de un pequeño monte que deberá crecer para sustentarse. La noche siempre presagia y archiva todo lo que sucede en su interior.»

*

Entiendes bien que ya tus años han perdido su constancia, unos años que se agolpan, retroceden, se mezclan. Esta noche, lo sabes y las búhas lo saben, ya estás caminando hasta el árbol que se revelará activo, cercano, visible. Está bien, está bien, pasará lo que pasará, te dices sabiendo de antemano que la noche, esta precisa y única noche, porta un enigma que te impide presagiar. Lo comprendes y lo analizas. Entonces tu miedo se atenúa y se resguarda. Se parapeta y se enrosca como una pequeña culebra durmiendo al sol refugiada en el interior de una parte minúscula de tu cuerpo. Sabes que ésta es la fecha y el tiempo, diseñado con una cuidadosa planificación pájara. Te eligieron porque eres una más, común, repetida, morena. Fuiste callana, heredaste la contextura y portas la noche de tu madre, el tono carrasposo de tu abuelo. Las búhas lo sabían y llegaron a picotear tu puerta, graznido tras graznido, para que mutaras en la interminable historia incrustada a lo largo de tu piel. Porque tú conoces la manera en que el desprecio rebota en cada uno de los espacios más transitados de un mapa digital para denigrar las poblaciones, las villas y los campamentos. Las casas viejas. Conoces los trazados digitales. Todos son iguales a las líneas de tus manos, en las que se entrecruzan los pasajes, y en tus párpados se aloja la forma inestable de los techos.

Recuerdas que tu mamá salía contigo en el campo y paseaban algunos días, solas, y miraban los árboles cuando se internaban por aquellos caminos de tierra que te dejaban los pies tan sucios como si no usaras zapatos. Caminaban calladas y ella, cuando un árbol le gustaba, te decía: mira qué grandes las ramas, qué bonitas las hojas. Y tú mirabas, le decías que sí y seguían. Y en aquellos senderos aparecían algunas ovejas que tenían vuestras parientes y tu mamá te decía que eran raras, tranquilas. Sí, le contestabas, porque a tu mamá le gustaba el campo y en aquel tiempo preciso querías que ella se alegrara, que estuviera contenta o más contenta, que olvidara la humillación de su madre, tu abuela, la de tu abuelo, la de ella, tu mamá, con su vestido azul, el mejor que tenía, que ella olvidara la infamia del desalojo, los insultos, el camión, el desprecio de esa parte de la ciudad que nunca has conocido. Por eso no te quejabas, no decías nada del infinito sopor de los días, ni una palabra de las parientes, sus tías. No te quejabas por la falta de luz o de agua ni por la curiosidad que te suscitaba el baño de cajón, ni menos por la rareza de los pozos. No decías que nunca más querías volver allí, porque pensabas

que, si hablabas o te quejabas o llorabas, tu mamá y tú se podrían quedar atrapadas para siempre entre el adobe y las vigas del techo.

Entendiste que tu mamá necesitaba mirar a los pollos que seguían a las gallinas o a los escasos gallos, mirar las aves, como decían sus parientes, sentarse a mirar y pensar de una manera siempre triste, tensa, pero tú no podías, pues querías volver a tu villa mientras seguías sentada a su lado, invadida por la certeza de que tu mamá pensaba, lo sabías, que estaba cansada de todo o de casi todo, que lo que les había pasado a sus padres o les había pasado a cada uno de sus vecinos era imperdonable, que la violencia de aquella noche le había marcado a su mamá un sello en el anca como si fuera un animal, una yegua. Sí, ella, desolada por la muerte de tu abuela, murió sin olvidar lo que les había pasado, el terror de la cuadra, la expulsión de las casas. Ni te imaginas, te dijo tu mamá mientras estaban sentadas en la banca. Sí, le dijiste, y sabes bien que no hubo olvido para tus abuelos. Para nadie, piensas mientras caminas y recuerdas a tu madre sentada en la banca, tú y ella sentadas en la banca mientras ella te decía: mi mamá y yo tanto que la quería, tanto que la quiero todavía aunque no esté, sí, le decías.

Sabes que ella nunca pudo desprenderse de la furia de aquella noche, de la ira de sus padres, hace tantos años, piensas ahora mientras caminas, porque eran aquellas imágenes las que las tenían en el campo. Ella, tu madre, necesitaba aprender a reponerse, a vivir sin su mamá; aprender a reconocer las calles, pensar de qué manera habitar de nuevo la ciudad y dejar atrás la tristeza. Piensas ahora mismo, mientras buscas tu árbol, que desde que naciste, desde ese momento exacto, conociste tanto a tu mamá que percibías hasta lo que ella no sabía de sí misma. Recuerdas que siempre le obedecías en aquellos años, en realidad siempre le obedeciste, y, cuando te enojabas porque algo te parecía injusto, ella se reía, te miraba riéndose como si necesitara tu enojo, y, después de un rato, tú no podías evitar hacer lo mismo, reírte con ella. O si llorabas porque sentías que algo terrible te había sucedido, ella te miraba seria, muy seria, apenada, te tomaba las manos y empezaba a contarte los dedos en voz alta, dedo por dedo, uno, dos, tres, hasta llegar a diez. ¿Qué vas a contar tú ahora?

*

«Todos los congregados del mundo están contentos por la cercanía afectuosa entre cuerpo y oscuridad, tanto que sienten ganas de quedarse más tiempo sumergidos en la noche para experimentar una emoción que habían olvidado. Sienten la imperiosa necesidad de fijar la imagen de una contundente multitud en las esquinas. Pero quizás no. Se trata de la euforia al reconocer la consolidación veloz de un acuerdo que se concretó sin la necesidad de acordar, porque los cuerpos convocados por la noche ya estaban de antemano decididos. Y, por eso, ahora mismo están esperando el momento propicio para encender la barricada, avivar su luz. Y cuidarla. Pero ellos, al igual que la noche, entienden que los sobrevuela el peligro, encarnado en los helicópteros y sus luces, tan elocuentes que los iluminan con una potencia indiscutible. Mientras observan la continuidad de sus vueltas, comprenden que se trata claramente de armas voladoras que buscan trastornar a las personas reunidas por el riesgo que enfrentan de un descenso súbito. Los motores del mundo dan vueltas y vueltas, tan cerca o casi encima, vigilantes. Saben que los helicópteros, con sus luces y sus ruidos infernales, buscan dar señales de poderío que ya conocen, una muestra que pretende contenerlos, un aviso, una orden de exterminio. Se acercan o se alejan para volver otra vez y otra, imponiendo su luz y un estrépito que se mete por las orejas hasta conseguir copar el cerebro. Los helicópteros están tan cerca de los cuerpos, tan cerca. La noche les ordena que no miren hacia arriba. Dice no miren arriba, porque si lo hacen les va a salir sangre.»

*

Estás obedeciendo un mandato al que acudes para comparecer y ejercer la labor asignada: contar, volver a contar, imaginar, recordar, dilatar noche a noche a la Compañía para detener así la nueva cimitarra (clasista) que se avecina en este tiempo, sólo entregado a un presente (día a día) que carece de futuro. ¿Para quiénes carece de futuro? Para nosotros, te dices, sí, para nosotros. Ocuparás tu lugar. Serás la nueva búha. ¿La última? No lo sabes, pero lo harás: te convertirás en la pájara relatora, volando encima de la noche, para prenderte con tus dedos garra a la rama más fuerte y segura, confiada en la zona repetida de tus párpados, acechando al menos un hilo para volver a tejer historias capturadas para resistir ese embate de la Compañía que ahora ha proliferado devorando el mundo. ¿Cómo? Atrapando sitios incontables y secretos asistidos por la simulada generosidad de las Corporaciones que se precipitan y degüellan las vidas, cada noche. Las degüellan, sí, las vidas humanas, ¿humanas?

Lávate el cuello, lo tienes sucio, te dijo la niña que se sentaba detrás de ti en el banco del colegio, y recuerdas que, cuando escuchaste esa frase en tu oído, sentiste que te hundías en una vergüenza inexpresable debido a tu cuello, sucio, cochino. No lo veías, no te habías mirado aunque sabías que no te lavabas el cuello y evitabas el baño, la esponja, el trapo, el jabón, el agua fría; no te gustaba lavarte y tu mamá lo entendía y no te obligaba. La otra semana sin falta, le decías. Está bien, pero te bañas bien bañada. Bueno, ya, le contestabas. Pasaste toda la mañana aterrada porque pensaste que aquella niña se lo iba a contar a toda la clase o a la profesora; temiste que dijeran: esta piojenta tiene el cuello sucio, lleno de mugre. Y ella, la profesora, te llamaría y miraría el cuello y se precipitaría a examinarte las orejas, tal como lo hacías tú en el campo. Eso hiciste cada día en las mañanas. Te volcabas a revisarles la cabeza a los numerosos niños y niñas de las dos casas, a dividirles el pelo, franja por franja, blanco por blanco. Algunos eran los hijos menores y los nietos de los parientes de tu mamá, parientes tuyos también, unos niños que tenían liendres y piojos que tú buscabas hasta que los sacabas y los reventabas con las uñas sobre el peine y se veía la sangre, sí, que había chupado el piojo de la cabeza de la niña o del niño, de cada una de las cabezas, sí. En el campo los niños siempre tienen piojos, te decía tu mamá cuando te veía con el peine en la mano sacándoles los piojos a los niños mayores o a los más chicos, que se rascaban la cabeza

con ímpetu o con furia y no se oponían al peine. Les desenredabas el pelo con cuidado, les sacabas los piojos, los reventabas, lavabas los peines para limpiar la sangre y después los peinabas, a cada uno de ellos. Ésa era una obligación que te impusiste o una entretención tuya o la única manera de pasar los días examinando esas cabezas a lo largo de ese verano, despiojando las cabezas, mirando las cabezas, escudriñándolas. Ya no recuerdas el rostro de ninguno de aquellos niños o niñas, sólo tu mano y el peine, la sangre, los cuellos y el pelo negro, rizado o liso, mientras los piojos corrían cobijados en sus cabezas picándolos sin parar, infecciosos, como decía tu mamá y seguía diciéndote en la noche, de manera cuidadosa para no asustarte. No, no lo hagas más, te decía. Se te iban a pegar los piojos porque saltan de una cabeza a otra, como los trapecistas. Eso decía ella, pero tú no podías dejar de recorrer las cabezas todas las mañanas. Lo hacías siguiendo el desafío o el trabajo que te habías asignado porque cada piojo reventado en el peine era un triunfo tuyo, una victoria que obtenías sentada en un piso, en una orilla del corredor, con las cabezas de la niñas o de los niños en tu falda y sostenías la única, y acaso última, guagua de la casa, una guagua de uno de los nietos de las tías, y tú, sentada con ella en tu regazo, especialmente en las mañanas, o algunas veces antes del atardecer, para aprovechar la luz que te permitía recorrer una y otra vez el pelo con el peine aunque sabías que al otro día tendrías que empezar de nuevo porque te parecía inusitado que en cada una de las mañanas encontraras los bichos como si crecieran cada noche manchando de sangre el peine y provocando una picazón irrefrenable en las cabezas.

*

«Los helicópteros siguen dando vueltas y vueltas sobre las cabezas. Nadie los mira porque saben que su única y prodigiosa alternativa radica en obedecer a la noche. Los cuerpos parecen impregnados por el ruido, como si éste formara parte de su cotidianidad, y de esa manera lo evaden sin olvidar el ímpetu de la vigilancia ineludible por la insistencia de los helicópteros. Se trata de una intervención nueva, aérea, asombrosa, que parece emanada de todas las antiguas cinematografías porque los helicópteros sobrevuelan las ciudades del mundo y muestran hasta qué punto se ha desencadenado la furia, pero también la noche les indica, con énfasis, que les temen, y esa afirmación de la noche provoca una inesperada, y quizás impropia, alegría, pues la noche revela que los helicópteros y sus perseguidoras luces representan un síntoma visible de la impresión que provocan las barricadas, multitudinarias, sincrónicas. Los jóvenes obedecen a la noche y siguen acumulando los materiales que han conseguido para que las barricadas, tomando forma, sean ineludibles y así el fuego, al prender las esquinas, las vuelva inolvidables e irradie el calor que tanto necesitan. Lo necesitan, sí, el calor. La noche se ríe de las bromas de los jóvenes, de sus ingeniosas imágenes, lanzadas con un humor corrosivo y exacto que se despliega para romper la solemnidad. Arriba, el rugir de los motores de los helicópteros no cesa mientras dan vueltas y vueltas como si el poder del sonido y la luz fuera capaz de exterminarlos. O alertarlos ante la latente amenaza de que desciendan bruscamente para aplastarlos y arrasarlos en medio de sus engranajes. Pero los helicópteros no los detienen. Saben que nada los detendrá porque todos los congregados del mundo pertenecen a la noche y las barricadas encenderán la luz que la oscuridad les ordena para evitar la decapitación; así opacarán el poder y la violencia del motor que los circunda y que contiene los signos de la guerra, la sangre. La noche los abraza y les permite.»

*

Las búhas buscan frenar la rigidez del destino que se ensañó con los cuerpos como si les correspondieran todas las penurias, una tras otra y otra. Por eso esta noche vas hacia el árbol, para restituir la exacta vibración nerviosa que recorre cada una de tus vértebras, y ya sabes que tu cuello favorecerá los movimientos de tu cabeza porque los nuevos huesos harán posible un movimiento veloz, veloz, para recuperar la urgencia que demanda el acto de vivir. Te subirás al árbol para velar las dos muertes, eso también lo sabes, la de tu madre y la de quienes están relegados a la soledad final, al desánimo, a la manipulación enloquecedora de la Compañía, que se vuelca a la producción de un olvido deliberado. Caminas. Esta noche, la tuya, en la que vas a comparecer como la última búha, ¿serás la última? No te parece posible vaticinar.

Inicias la que será una larga ruta hacia un sitio que no sabes que conoces y que, sin embargo, está impreso en un lugar secreto de uno de tus bloques epidérmicos, un lugar que se manifestará y que, dando un vuelco, pronto se transformará en un espacio solemne, la sede de la respuesta a un llamado que esperabas y temías, añorabas y temías, pero que ahora se ha incrustado en ti para marcar un nuevo principio del principio, la primera (nueva) noche, esta, en la que llegarás hasta el sitio que se ha designado como uno de los epicentros del suceso nocturno que cruzará todos los rincones del planeta. Sabes que tu próxima mirada búha se expandirá por las calles y atravesará las esquinas de las villas, las poblaciones, los campamentos y los pasajes, las viejas casas, hasta extenderse con un ímpetu viral por todas las ciudades y así minimizar el desprecio. Conoces tu cuadra, entiendes los barrios, sabes que algunos de tus vecinos viven y mueren bajo la apariencia de una calma que no consigue ocultar el sobresalto; sabes que otros se vuelcan a su propia destrucción, ¿por qué negarías la violencia y el hastío que los asola, los mata y los enfrenta? Otros se muestran desafiantes, irritados o se resignan o confían, pero todos viven atados a la seguridad de que tienen la obligación de sostener y sostenerse en medio de un transcurso minúsculo, estrecho, colmado por el desprecio. Un transcurso que se dejó caer, hace ya un cúmulo de tiempo o a lo largo de todo el tiempo del mundo, debido a la irritabilidad de los siglos que extienden sobre la multitud un velo para así negar y multiplicar la inexistencia.

Movilizada por una porción de melancolía que conoces y que te habita, recuerdas. No

sabes por qué lo haces, pero las imágenes te inundan mientras evocas, sí, la herida en tu pierna, el flujo de la sangre saliendo del tajo mientras llorabas y quizás gritabas, algo que no puedes asegurar ahora. Sabes que hubo gritos, pero había que detener esa sangre y el papá de la Chabela se apresuró, te apretó la pierna y la Chabela, o la Chabelita, como le decías, chillaba: le sale sangre, le sale sangre. Y su papá le decía: sí, pero cállate, Chabelita, no grites. Trae una venda o un trapo, lo que encuentres. Anda, pues, Chabelita, busca, le decía el papá. ¿Qué pasó?, les preguntaba, ¿qué?, y ninguna de las dos podía explicar cómo sucedió porque fue tan súbito como son todos los accidentes, porque tú jugabas y se reían fuera con la Chabelita, hasta que ese fierro inadvertido se te clavó en la pierna y hasta hoy tienes la cicatriz que te acompaña, un camino de carne a lo largo de tu pierna, como un gusano delgado, que te dolió tanto que después no dejabas dormir a tu mamá hasta que ella se enojó contigo porque tenía que trabajar. Tengo que ir a trabajar mañana. Necesito dormir, déjame dormir, cállate. Ya se te va a pasar, te decía. Pero te dolía la pierna, te ardía, sentías un estrujamiento como el de la ropa mojada, y tu mamá no pudo dormir ni siquiera medianamente bien esa noche por la persistencia y la dimensión de tus quejidos.

*

«Una noche nueva que envolverá los ímpetus, el ahogo constante. ¿Qué se hace con el pavor?, ¿qué se hace? Nada, nada, dice la noche. El helicóptero ha perdido su fatídico esplendor; se relativizan los tanques, las armas de última generación, las noticias falsas. La muerte es un suceso posible e improbable en esta noche que inicia un tiempo turbulento. La artillería cibernética también inicia un lanzamiento sincronizado de drones para detener las barricadas del mundo, la de la esquina, la de la historia, los cascos y los bototos. Las armas. Pero la noche dice que todo les va a resultar insuficiente.»

*

Mientras caminas te cruzas brevemente con vecinos muy cercanos, a los que tanto conoces, tus vecinos, los que recibieron a tu madre y a tus abuelos cuando consiguieron llegar a la villa, tan distante, mucho después de la deportación. Los vecinos se lamentaron por ellos y con ellos ante la vergüenza. Pero no te detienes más tiempo del necesario y te limitas a cruzar breves palabras, saludos austeros y en cierto modo protocolares porque entiendes que así se evaden de enfrascarse en conversaciones que pudieran distraerte de la concentración que necesita el mandato de las búhas. Saludas a otros vecinos con un gesto de la mano. Sientes que estás respondiendo al llamado de quebrantar la costumbre de una extensa sumisión que ya atravesó su propio límite. Te observas a ti misma, vigilas tus pensamientos y adivinas a la búha que te habitará, bordada bellamente por su propia sombra e iluminada de manera tenue, casi imperceptible, por los distantes y débiles faroles. Recibes esa imagen engarzada a la plenitud de tu mirada, que sabes que irradia un gramo de conmoción y de esperanza. Percibes, sin renunciar a una soterrada tensión intermitente, que has tomado una decisión irrevocable.

Recuerdas que sangraste a los doce años, o antes. Sabías que iba a pasar: te lo había dicho tu mamá con un tipo de solemnidad extraña, lo comentaban extensamente las amigas mayores, oías las conversaciones de las mujeres y sus toallas, una profesora lo mencionó a su manera. Lo sabías y a la vez no lo sabías, y, cuando sucedió, cuando viste tus calzones manchados, sucios, rojos, asombrosos, perdiste las referencias hasta que lograste entender que era tu ciclo, tu cuerpo, tu entrepierna, pero no comprendías por qué parte de ti salía esa sangre, a qué hueco correspondía. Te acostaste en la cama como una enferma. No estabas segura de lo que tenías que hacer ni de cómo decirle a tu mamá, a tus primas, a todos lo que te había pasado. Después de un rato te levantaste de la cama, fuiste donde la Chabelita, le dijiste que saliera para sentarse en la vereda y allí le contaste lo que estaba pasando. Ella, así lo notaste, se sumó a tu desconcierto, tanto que las dos se quedaron sin palabras, como si una forma de traición se hubiera interpuesto entre ustedes, porque esa sangre las volvía débiles o muy débiles, o enfermas, o tontas. A la Chabelita fue a la primera a la que se lo contaste. Sabías que ella tenía que participar de ese suceso. Ahora vas a poder tener una guagua, te dijo. Sí, le

contestaste. Nunca tuviste guagua. Las villas, los campamentos, las poblaciones, las viejas casas están llenas de guaguas y sientes sus llantos en eco entrándote por el oído hasta instalarse con propiedad en tu cerebro. Recuerdas a tu amiga Chabela, Isabel le decía su mamá; Chabelita, su papá y tú. La Chabelita y tú caminando por la oscura calle hablando de nada o riéndose de todo hasta sentarse en una vereda desconocida, lejos de los vecinos, libres, mientras ella sacaba la cajetilla que habían comprado mitad por mitad porque querían fumar y fumaban, y tú te sentías importante a los pocos años que tenían las dos, ¿cuántos?, ¿diez, once, doce?, y fumaban como viejas o como vecinas o como hombres, y te acuerdas de que en esos momentos no querían nada, nada más que el cigarrillo, y ya no recuerdas con exactitud por qué se sentían tan tranquilas y casi felices aquellas noches o en aquellos minutos de la noche a la vez que observaban las brasas del tabaco, solas en una cuadra distinta, sumergidas en la oscuridad, mientras las dos estaban seguras de que el mundo se había ido para adentro, que había girado hacia ustedes y que, en ese instante, gracias al giro eran ¿personas?

*

«El cigarrillo, las brasas. Entre el ruido y la luz del helicóptero, los jóvenes fuman. Como invadidos por una urgente necesidad, se pasan unos a otros los cigarrillos, los comparten, los aspiran, sienten que nada es más armónico que el humo, la noche y la esperanza. Las chispas del inicio adornan la noche como si volaran hacia lo alto millones de suspiros encendidos que intentan consolidar el protagonismo de una nueva luz producida desde el surco de la periferia más importante de la vida. Los más jóvenes chatean, las nuevas tecnologías se precipitan, los mensajes atraviesan la altura y cruzan las montañas.»

*

¿Cuánto durará mi caminata? Es incierto, lo sé. Mi madre ha muerto. Las búhas lo saben y están alineadas porque desean alterar la geografía que divide el mapa digital. La misión es lograr que el planeta dé una vuelta completa sobre su eje y entonces rote hacia las poblaciones, las villas, los campamentos, los pasajes, las viejas casas, y alumbre los cuerpos, todos, y se altere la condición de un único, irreversible y terco destino. ¿Lo lograrán? Sí, porque cumplen el compromiso con la noche, que ha dictaminado que ellas son las soberanas de la oscuridad. Será inédito, único, esperar que gire el planeta. El Directorio de la Compañía niega ese giro planetario, lo rechaza, reafirma la imposibilidad. Asegura que las afirmaciones de las búhas utópicas son una herejía, que las llevarán ante un tribunal comercial.

Las búhas, envueltas en su halo de belleza y de prestigio, sonríen.

En la plenitud de sus ojos refulge la ironía.

Las búhas son astrónomas.

Físicas.

Matemáticas.

Afirman: «*Eppur si muove*».

ÍNDICE

I. No se puede dormir
II. La fuerza
III. La nueva caminata, ¿hacia dónde?